

El Ruedo



3

PTAS.

JAAY EDRA



Espenando a los alguacillitos



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

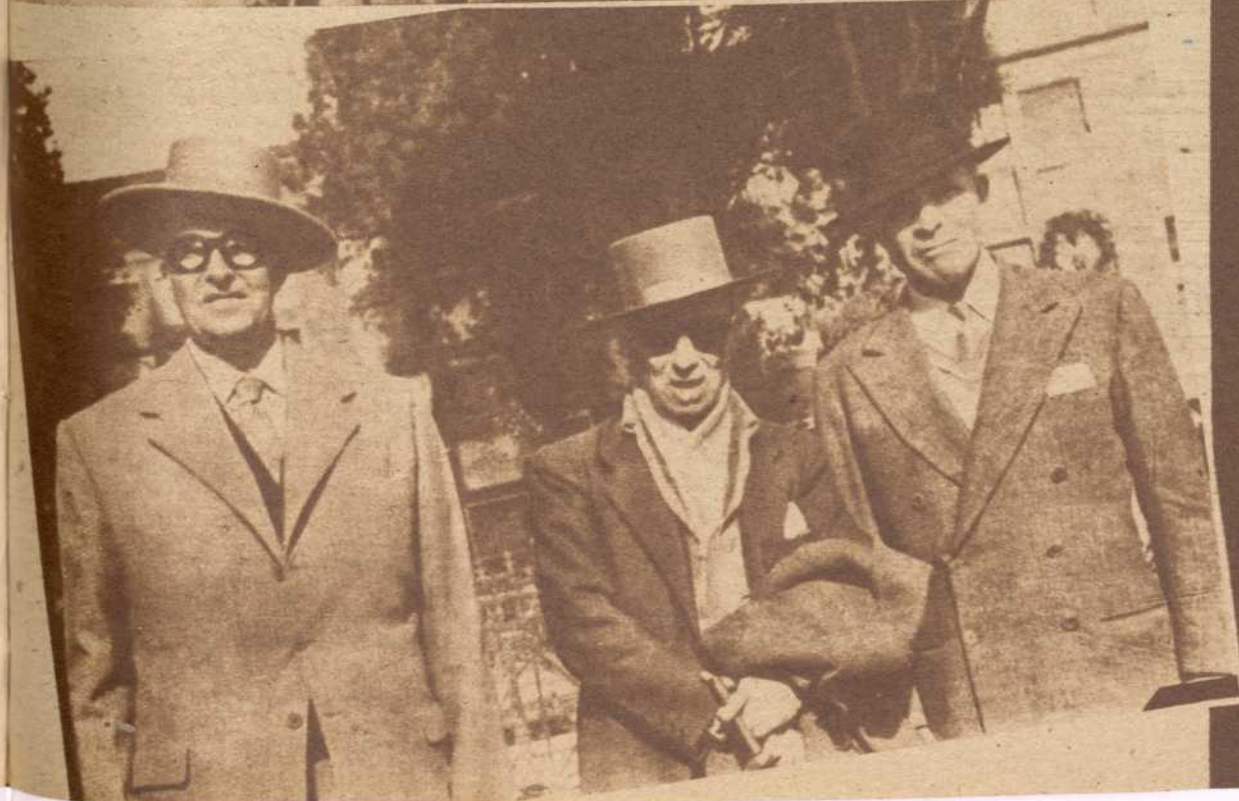
Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Hermosilla, 73.—Teléfs. 25 61 64-65

Año VI - Madrid, 24 de noviembre de 1949 - N.º 283

★ CADA SEMANA ★

OTRA EPOCA DEL TOREO



LAS fotografías que reproducimos en esta página son, contra lo que pudiera pensarse a la ligera, de la más palpitante actualidad. Están obtenidas el pasado domingo en Córdoba, en cuya Plaza se celebró un festival benéfico.

Toreros de ayer, ídolos populares de otra época —Rafael "el Gallo", "Machaquito" y Cañero—, han querido contribuir con su presencia, siempre interesante, al mayor éxito de la Fiesta. Y de otra parte, estos toreros de ayer no han desdenado acudir a presenciar la actuación de los toreros de hoy. Ello nos lleva a pensar: ¿qué pensarán de verdad estos tres hombres, que fueron destacadas figuras del toreo a pie y del toreo a caballo, en su época, de la época actual? ¿Que nostalgias se avivaran en el ánimo de quienes ya no son más que espectadores —ellos, que fueron protagonistas— de esta Fiesta de color y vigor magníficos, uno de los espectáculos más bellos del mundo?

De otro lado, ¿qué evocación les traeran a los viejos aficionados estos tres rostros que se curtieron al sol fuerte del campo y a las pasiones encendidas de las Plazas de Toros? ¿Es que entonces era mejor la Fiesta que lo es ahora?

Probablemente, no. Lo que ocurre es que toreros y aficionados de esa época —en que "El Gallo", "Machaquito" y Cañero triunfaron— eran entonces más jóvenes que ahora. La luz que ahora ilumina sus recuerdos es más suave, más complaciente y más generosa. Para unos y para otros debe ir la consideración comprensiva y afectuosa de los aficionados nuevos.

(En la foto de abajo: "Cañero" y "El Gallo"; los acompaña el duque de Pinohermoso, que tuvo parte en el festival.)

AYER Y HOY

Por Antonio Casero



Nadie puede negar que la temporada que acaba de terminar en Madrid fue pródiga en toros de bastante tamaño y con poder... Este dibujo, tomado del natural, lo dice bien claro.

ANTONIO CASERO

CON los primeros fríos suele verificarse en los cerrados de ganado bravo el herradero. La operación consiste en apartar los becerros —machos y hembras— de sus madres, procediendo a herrarles, numerarles, señalarles e inscribirles en el libro registro de la ganadería. Hasta ese momento las crías, generalmente de ocho a diez meses, carecieron, como si dijéramos, de personalidad. Pero tras el bautismo de la sangre y el fuego, cada una llevará su nombre, el número correspon-

EL HERRADERO DEL PRIMITIVO Y LABORIOSO PROCEDIMIENTO A MANO, AL MODERNO Y RAPIDO DE LA JAULA

Facnas invernales



Herrando a mano

diente, la marca y la señal propias de la casa, adquiriendo desde entonces cierta categoría en la vacada.

El herradero, a la manera tradicional, va resultando hoy día operación harta laboriosa y no exenta de peligros para los jóvenes animales.

¿Quién de nuestros lectores no ha presenciado un herradero o, al menos, ha dejado de ver fotografías, de las que se desprende la forma en que aquél se realiza? Nos figuramos que ninguno. Pero por si aun hubiera alguna persona que lo desconociera, parecemos oportuno esbozar, a grandes rasgos, el modo corriente de llevarse a cabo en la mayoría de las vacadas:

Separados los chotos de las madres, se reúnen en pequeña corraleta, inmediata a otro corral más espacioso, o en comunicación, asimismo, con la placita de tentar. Los re-

centales, arracimados en inferme montón, temblorosos y extrañados, berrean frecuentemente con tristeza, mientras sus lamentos se esparcen por el aire entre acres olores a sangre y a chamusquina.

Uno a uno, enlazados por las patas, son arrastrados hasta la puerta del corral o plaza en que se ha de verificar la operación. Allí aguardan varios hombres prácticos que, abalanzándose sobre los becerretes, forcejean terriblemente con éstos, logrando al fin, no sin grandes esfuerzos, dominarlos y derribarlos violentamente.

el de que se desgracien, partiéndose los aun débiles pitoncillos o fracturándose alguna extremidad, y muchos otros peligros, que de momento no podemos recordar.

Hace unos días, en "Los Labajos", donde se desenvuelve la nueva ganadería de "Peña Negra", pudimos comprobar la utilidad y las ventajas del herradero en cajón, sacando en consecuencia que del antiguo sistema a mano al moderno de la jaula existe un abismo, por la mayor limpieza, rapidez y garantía con que en este último se efectúan las operaciones.

El procedimiento no puede ser más sencillo, en la práctica, evitándose con su uso toda clase de contingencias, puesto que al becerro apenas se le toca.

La jaula se compone: por el frente, de puerta, con orificio en el centro, y una especie de palanca; por uno de los lados, de pequeño torno, que mueve dos cadenas interiores, para suspender al bicho; por el otro lateral, de portezuela, que, abierta, descubre el costado derecho del becerro, permitiendo aplicarle los hierros candentes, y por la parte posterior, adosada a la manga que comunica con el corralillo en que se encuentran los animales, de una compuerta, sostenida en alto por un hombre desde encima del cajón, que la dejará caer al entrar el bicho.

El choto pasa por la manga al cajón, y al caer la compuerta posterior, pretende escapar, sacando la cabeza por la abertura delantera. En este momento, la palanca le aprisiona el cuello, impidiéndole moverse y derrotar. Abierta la portezuela derecha, se pasan por el vientre dos cadenas, que, accionadas por el torno exterior, suspenden al becerro. Inmovilizado por completo —mientras por fuera se le tapan los ojos con un trapo—, se le numera, marca y señala rápidamente. Y descorriendo la palanca y abriéndole la puerta, saltó al campo como si nada hubiera sucedido.

Todo esto, visto y no visto. Además, con precisión, limpieza y las menores molestias para los animalejos. Y conste que no hemos pretendido hacer el reclamo al inventor de estas jaulas —al que ni siquiera conocemos—, sino simplemente informar a nuestros lectores de la utilidad y ventajas de este procedimiento de herrar.

AREVA



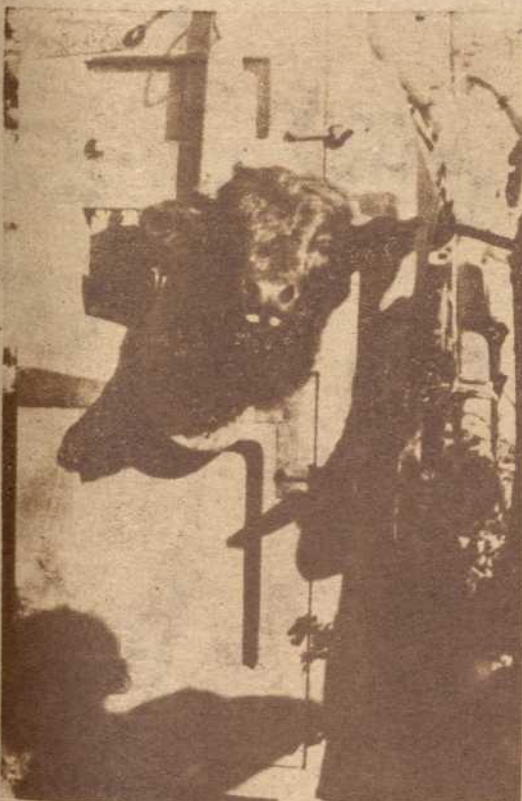
Momento de correr la palanca que sujeta el cuello del choto

lamente. Y ya en tierra, bien sujetos, se les aplica en los costillares el número, y en la nalga, la marca de la ganadería; todo ello, por medio de hierros candentes, que producen hondas quemaduras; acto seguido se rajan las orejas, haciendo la señal acostumbrada, y anotado por el ganadero, en su cuadernillo provisional, el nombre de cada bicho y demás circunstancias especiales, se les va dando suelta, para que se junten de nuevo con las vacas.

Así se ha venido practicando, generalmente, el herradero, y así creemos sigue efectuándose, especialmente por Castilla y Andalucía.

No cabe duda que la faena es rudimentaria. Y comparándola con la moderna de herrar en cajón —empleada ya por gran cantidad de ganaderos, en particular de la región de Salamanca—, se aprecian en aquélla más inconvenientes que ventajas.

El herradero a la antigua usanza, aparte lo anticuado del sistema, ofrece a simple vista múltiples riesgos y defectos, entre ellos el de ser lento y trabajoso, el de requerir el concurso de numerosos brazos; el de que los animales adquieran resabios y aprendan, el



Aprisionada la cabeza del becerro, actúa el torno, suspendiendo al bicho en el interior de la jaula



Herrando en la jaula (Fotos Vera)

La segunda corrida de abono de la Feria de

El lleno

El diario «La Prensa», del día 14 de septiembre, dice lo siguiente:

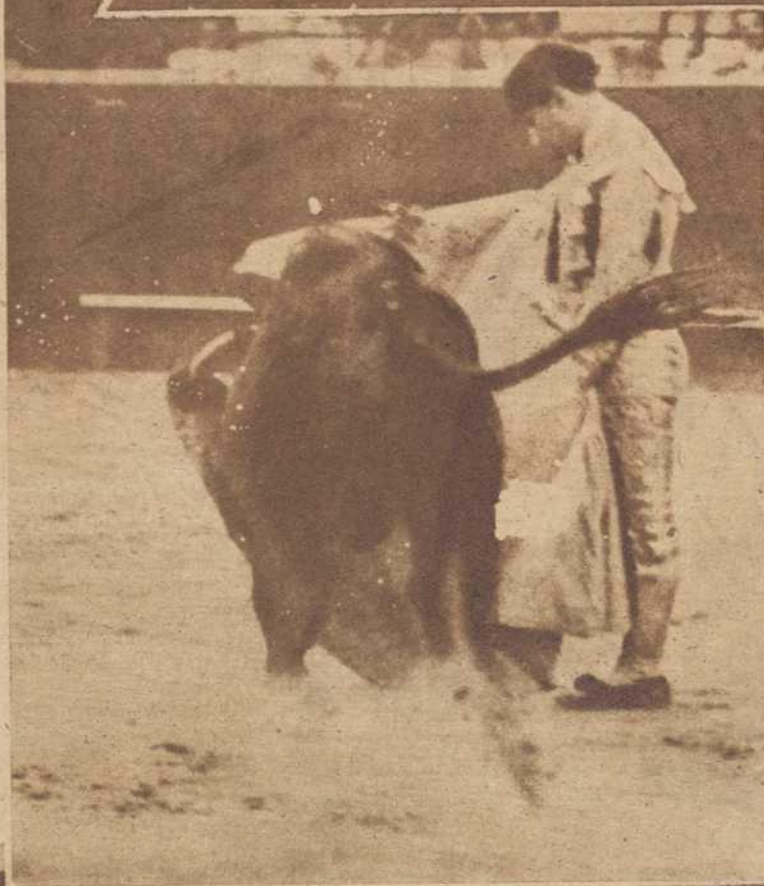
«Era de esperarse que la tarde de ayer fuera una tarde de toros completa. Había en el cartel tres nombres que por sí solos lo hacían presagiar. Y así ha sucedido: ayer, por segunda vez en esta Feria, ha salido el público de la Plaza pletórico de entusiasmo. Nos satisface enormemente ver que esta Feria postinera está rodando por el camino del éxito rotundo, porque muchos esfuerzos ha costado programarla para el exclusivo beneficio de la afición limeña, siempre tan generosa, siempre tan alentadora, y para el mayor prestigio artístico de nuestra temporada. Que el éxito que viene repitiéndose sirva a su vez de aliento a las Empresas para no desmayar nunca en el afán de ofrecernos siempre lo mejor, porque lo mejor se merece nuestro público.

Gran ambiente de toros se notaba en los tendidos antes de hacerse el paseo. Se contagiaba la multitud, un lleno completo, de ese presentimiento de que veríamos una corrida estupenda. Y a la hora en que los clarines anunciaron el paseillo de cuadrillas, hubo ovación para los tres matadores, que se repitió por turnos, siendo para cada uno cálida y cordial al saludar desde el tercio.»

El ganado de La Viña

También de «La Prensa» es el comentario siguiente:

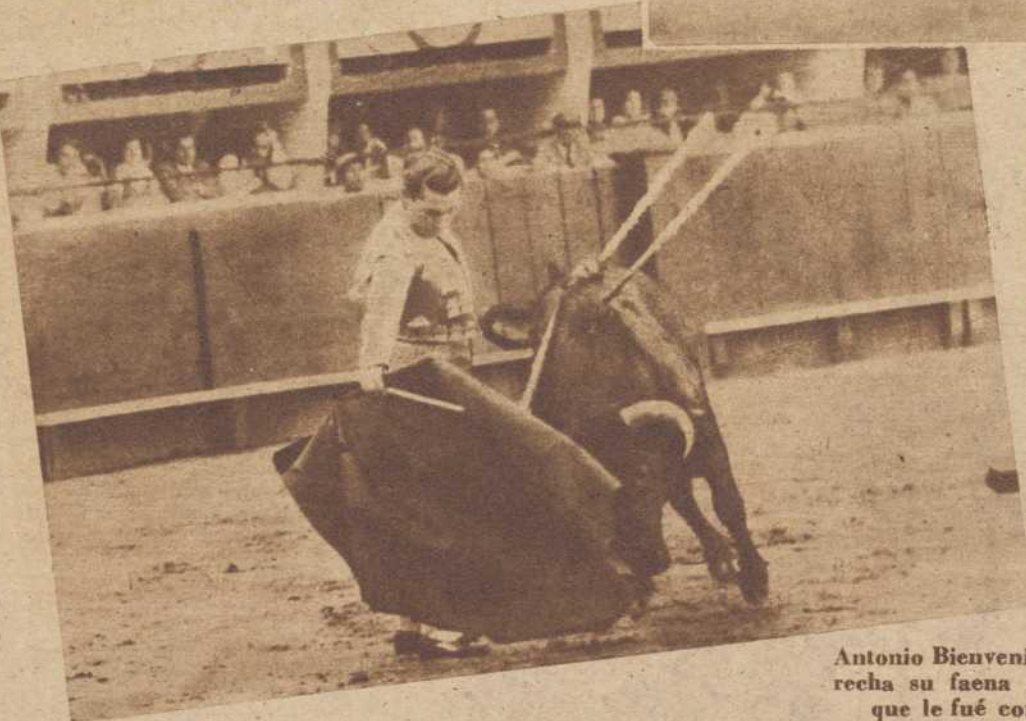
«El encierro de La Viña, un lote bien presentado



Se celebró el domingo, día 13 de noviembre, con toros de La Viña para Antonio Bienvenida, Pepe y Luis Miguel Dominguín.

Los tres matadores cortaron oreja y salieron en hombros, y la entrada fue la mejor de la Feria.

Un lance de Antonio Bienvenida



Un natural de Antonio

Antonio Bienvenida inicia con la derecha su faena al cuarto toro, del que le fué concedida la oreja

en cuatro toros y dos más bastante terciados, protestando el público uno de ellos, fué fácil para el torero, con un primer toro de clara y suave embestida que se fué muy a menos en el último tercio, dejando lugar sólo para una faena muy corta; un segundo que ocultó su mansedumbre con un poquillo de genio y llegó al último tercio haciendo extraños, punteando y un algo probón; un tercero mansurroneando todo el tiempo, soso y tardísimo; un cuarto que también mansurroneó bastante, y que, como defecto, tuvo el embestir a la muleta siempre con la cara arriba y punteando algo; un quinto bravo y con buen estilo en el último tercio, y un sexto también con buen estilo, pero en demasía tardo y al que había que porfiarle mucho la arrancada. Lo que sí hay que decir y recalcar es que el lote sacó a relucir esa suavidad de embestida que es característica de La Viña. Fuera del natural peligro del toro en sí, nada lo agravaba. Fué una corrida buena para el torero, pero sin mayores triunfos para el ganadero.

Con el caballo, tres de ellos pelearon recargado, y los otros se dolieron, saliendo sueltos.»

Antonio Bienvenida

De la labor del torero madrileño dice «El Comercio»:

«Y ya tenemos a Antonio Mejías —un torero— frente a su enemigo. Comienza su labor con cuatro doblones lentos y rematados con maravillosa pulcritud. Bátense las palmas alegremente.

El lidiador está en pie, y en la silueta morada y oro se levanta el artista. Hay un garboso pase por alto, un derechazo perfecto y un primoroso cambio. La alegría de las palmas se torna en ovación intensa. Cita al natural. Lo hace andando desde lejos y moviendo airoso el pétalo rojo de su muleta. Hay cinco naturales tranquilos y despaciosos, que remata con el forzado de pecho, ejecutado clásicamente, cargando la suerte y barriendo los lomos del astado. La ovación crece y arde. Tres derechazos superiores son jaleados por la multitud. Al lidiador y al artista se suma la esencia sevillana, que florece en tres quiquiriquís y uno de costadillo bellísimos, rematados por los molinetes. La ovación se ha convertido en clamor. Media, ligeramente caída, acaba con la vida del viñense. Los pañuelos en los tendidos aclaman al gran artista, a este torero de todos los tiempos, que con la oreja en la mano da dos vueltas al ruedo, recogiendo prendas.»

Pepe Dominguín

Es el mismo, «El Comercio», con la firma de Z. M., quien juzga así la labor de Pepe Dominguín:

«La gran sorpresa de la tarde la dió Pepe Dominguín. Salir airoso, triunfalmente, después de haber alternado con dos toreros de la talla de Antonio y Luis Miguel, no es fácil. La finísima calidad de aquél y la sabiduría de éste, incomodan a cualquier competidor. Pero cuando éste —que además viene precedido de fama de buen banderillero, y en



Antonio Bienvenida da la vuelta al ruedo



Pepe Domingúin obtuvo un gran éxito en la corrida de su presentación en la Plaza Monumental de Lima. Por su actuación como banderillero, hubo de dar la vuelta al ruedo antes de comenzar su faena de muleta

el concepto de las gentes no es lidiador de mayores relieves— sale dispuesto a triunfar o ser cogido, el valor adquiere calidades insospechables. Pero tuvo por ello una tarde redonda y, en muy buena ley, cortó una oreja a cada uno de sus enemigos.»

«Si Pepe estuvo valiente en su primero, superó aún su actuación en el quinto. Se ajustó en las verónicas y bregó con mucha voluntad y exposición. Quitó por faroles apretadísimos, Luis Miguel borda unas chicuelinas lentas y Antonio, de dos, da una primorosa.

Coge los palos el señor don José, maestro insuperable en el gallardo tercio, y desde que comienza a regatear para el primer par hasta que cierra con uno en el que da todas las ventajas al toro, la ovación estremece el coso. Tiempo hacía que no veíamos en Lima un par de banderillas más extraordinario que este tercero clavado por José Domingúin en la tarde del 13 de noviembre de 1949. Allí queda como una estampa imborrable.

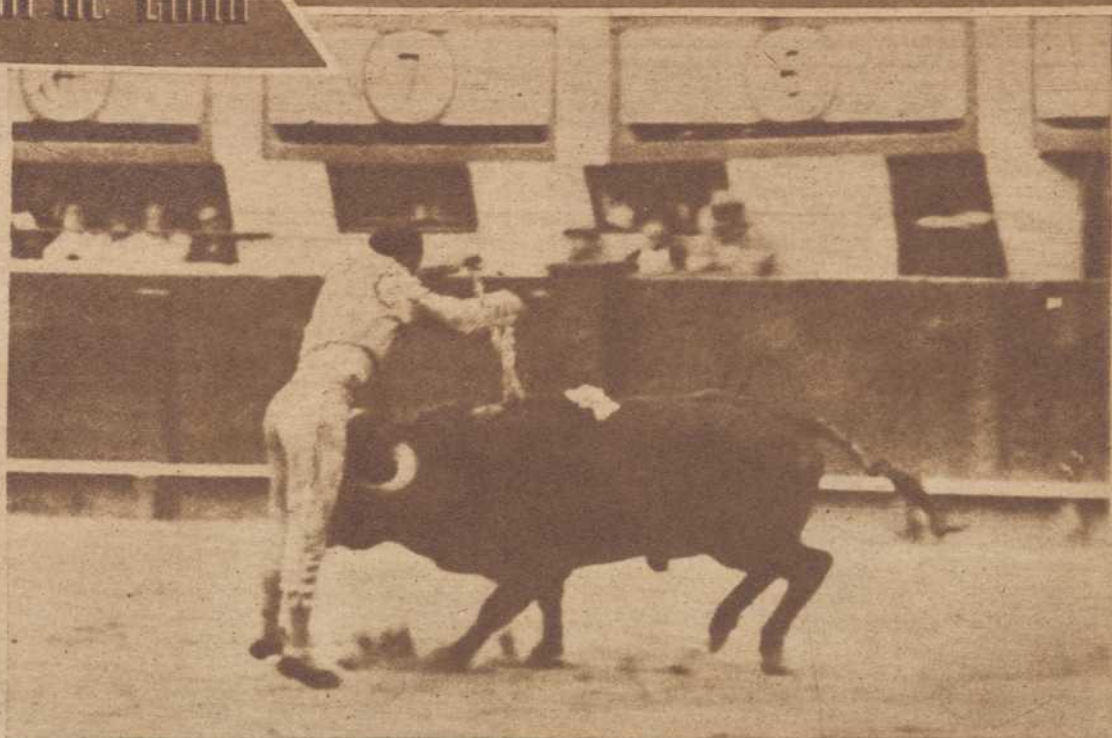
El inmenso rehiletero —obsequió otro par, dejando sólo un palo— dió la vuelta, recogiendo prendas.

Decidido a redondear el suceso, se coloca en tablas y comienza con cinco quietísimos estatuarios, que remata con un molinete por la espalda. Ovación. A uno de pecho siguen tres derechazos en terrenos prohibidos y dos molinetes de rodillas. Las palmas echan humo. Después de un pinchazo muy bien señalado, mete más de media, y acierta con el descabellar al segundo intento. Oye una gran ovación y, con la oreja en la mano, se ve obligado a dar dos vueltas al ruedo.

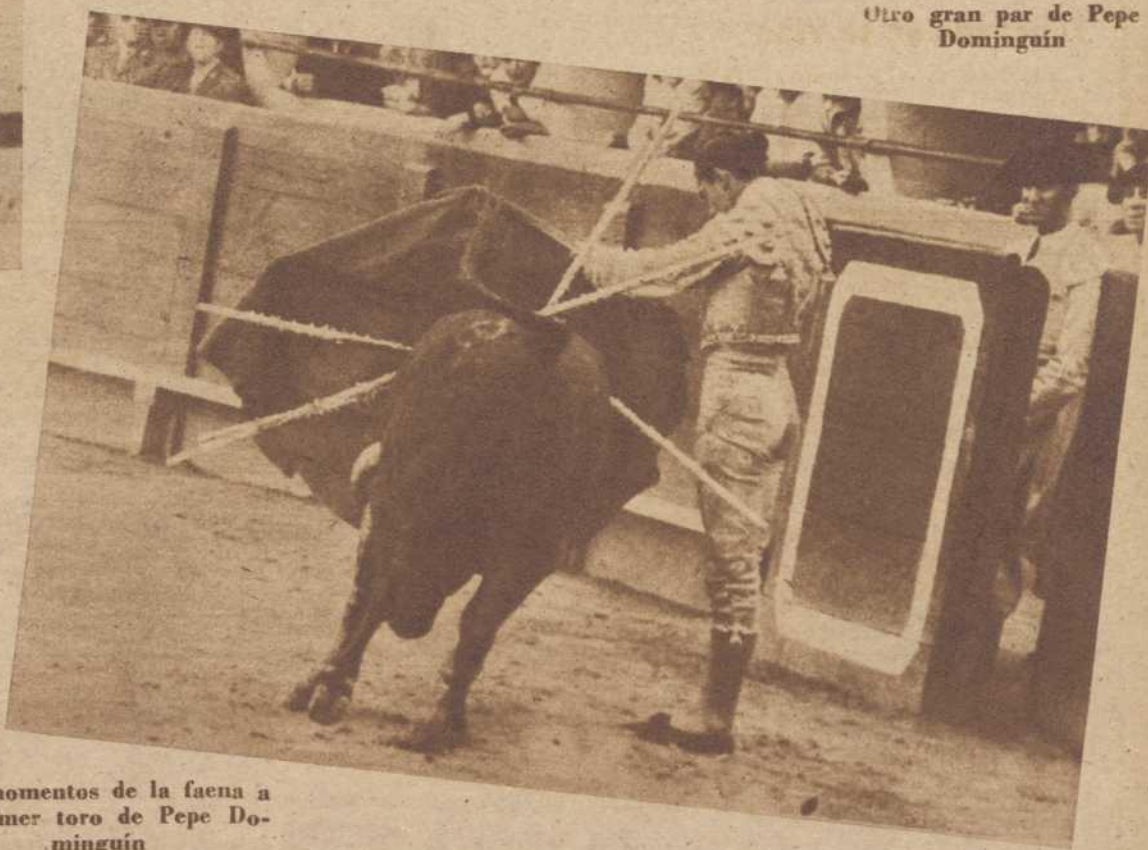
Presentación triunfal ha sido la de Pepe. No sólo en el segundo tercio. Sino también con la muleta. Cuando se sale decidido y se echa ese valor, cuando el torero se entrega, produce en el público una auténtica emoción. Pepe logró encenderla.»

Luis Miguel

Finalmente, Z. M. habla así de Luis Miguel: «Luis Miguel es tan buen torero, tan estupendo torero —por ello más que a ninguno debe exigírsele el «toro», que con su faena al último volteó la Plaza de cabeza y trocó los pitos que le hicie-



Otro gran par de Pepe Domingúin



Dos momentos de la faena a su primer toro de Pepe Domingúin

ron —me refiero a los malintencionados, a los de trastienda— en el primero, en cálidos aplausos. Por lo menos, los protestantes permanecieron en silencio.

El sexto era terciado, más fino y mejor armado que los anteriores.

Luis Miguel lo lanceó con facilidad. Palmas. Se ensañó el piquero y escuchó merecida bronca. Ofreció los palos el matador. Antonio cumplió y fué aplaudido. Don José afirmó una vez más su categoría enorme. Y la ovación fué chipén. Luis Miguel dejó uno desigual. Palmas.

Salen al tercio los tres toreros y se les aplaude con calor.

Brinda Luis Miguel a la Reina de la Belleza de América, señorita Ana María Álvarez Calderón Fernandini —a quien se tributó una cariñosa ovación—, y en su honor y para regusto de todo buen aficionado realiza una estupenda faena, mimando al cornúpeto en cada pase, con esa su tranquilidad, esa su hondura castellana, esa su lentitud, ese su torismo indiscutibles. Cuatro por alto, reposadísimos, y uno estupendo de pecho, abren la ovación. Dos derechazos extraordinarios, en los que construye el círculo completo, un afarolado y otro en redondo —en redondo, sí—, dan al clamor acentos de apoteosis. Un molinete de rodillas y tres naturales inmensos sustentan el griterío. Tras dos altos, y cuando parece que va a iniciar un derechazo, se vuelve de espaldas para iniciar un muletazo del que sale desarmado. No se amilana



De la Feria de octubre en LIMA



Pepe da la vuelta al ruedo, mostrando la oreja que pidió el público y concedió el juez

el coleta. Con la espada cita al bicho, lo hace voltear la cara y recoge el engaño, entre el delirio de la multitud. Entrando muy derecho, mete toda la espada. Rueda el noble viñense. También miles de pañuelos. Con las orejas en alto da la vuelta al anillo, y allí donde inició la faena arroja a Ana María una de las orejas, ganadas en una faena impresionante y torerísima.

Los tres espadas son cargados en hombros. Las gentes no abandonan el coso. Comentan lo sucedido en esta corrida de la Feria del Señor de los Milagros que, como la anterior, fué un suceso taurino.—Z. M.

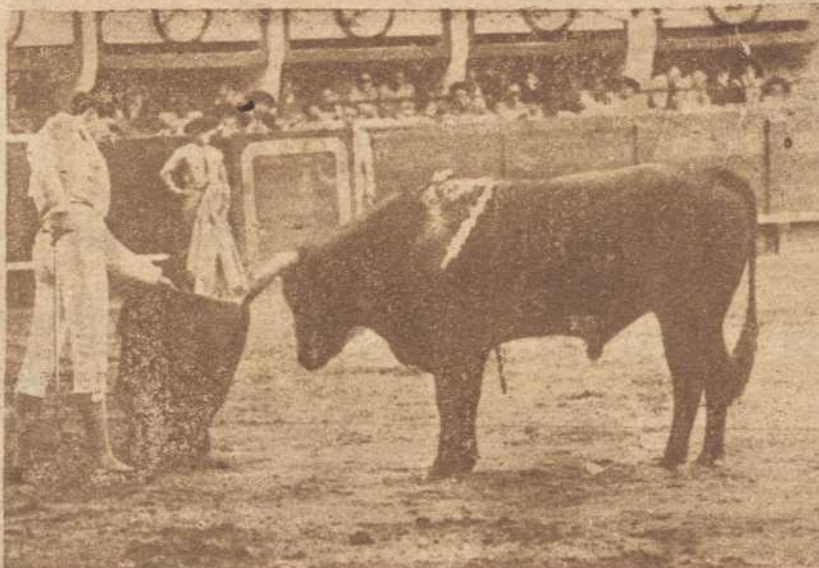
La tía, en "Yencala", de becerras y novillos del cruce español de Santa Coloma:

De «El Com.», de Lima: «En los días 10 y 11 del presente, se llevó a cabo la tía de las vaquillas del nuevo cruce en la ganadería «Yencala», propiedad de don Humberto Fernandini. Realizaron las faenas del caso los diestros hispanos Luis Miguel Dominguín, Antonio Bienvenida y Pepe Dominguín, y el picador «Salitas». También fueron huéspedes distinguidos aficionados limeños y el señor Domingo González, padre de los Dominguín.

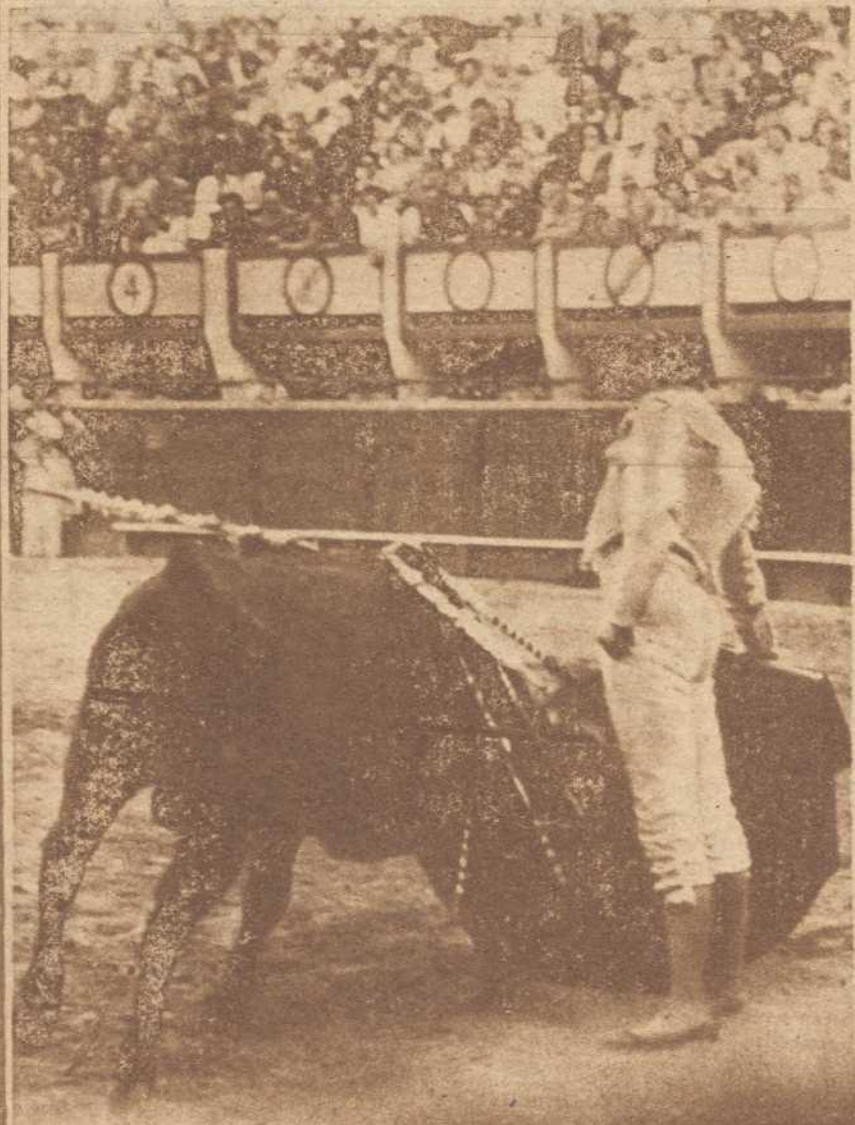
En los cuatro días de faena, se han tentado y clasificado en rigurosa selección 60 vaquillas. Dió

esto motivo para apreciar un elevado porcentaje de vacas de magnífica nota, lo que permitió el lucimiento de diestros y aficionados, al realizar faenas cuyo comentario atrajo gran cantidad de gente de los alrededores. La nota más emotiva la constituyó la lidia completa de tres ejemplares, gordos y magníficamente presentados. Corrió a cargo de los matadores Luis Miguel Dominguín, Antonio Bienvenida y Pepe Dominguín, quienes brindaron a la concurrencia y torearon haciendo gala de su valor y de su arte. Una verdadera corrida de toros, en la que, aparte de las faenas completísimas, sobresalieron un tercio de quites de los tres diestros, digno de Madrid, y una estocada de Luis Mi-

guel. La actuación del picador «Salitas» mereció los más elogiosos comentarios, por su valor al picar a los bravos y grandes ejemplares. Los tres toros fueron bravos y encastados, llegando en muy buenas condiciones al tercio final. El ganadero, señor Fernandini, fué muy felicitado por los diestros y por la numerosa concurrencia, quienes luego brindaron por el éxito obtenido, que representa el surgimiento de una ganadería más de primera categoría. Durante la estada en «Yencala», los invitados fueron muy finamente atendidos.»



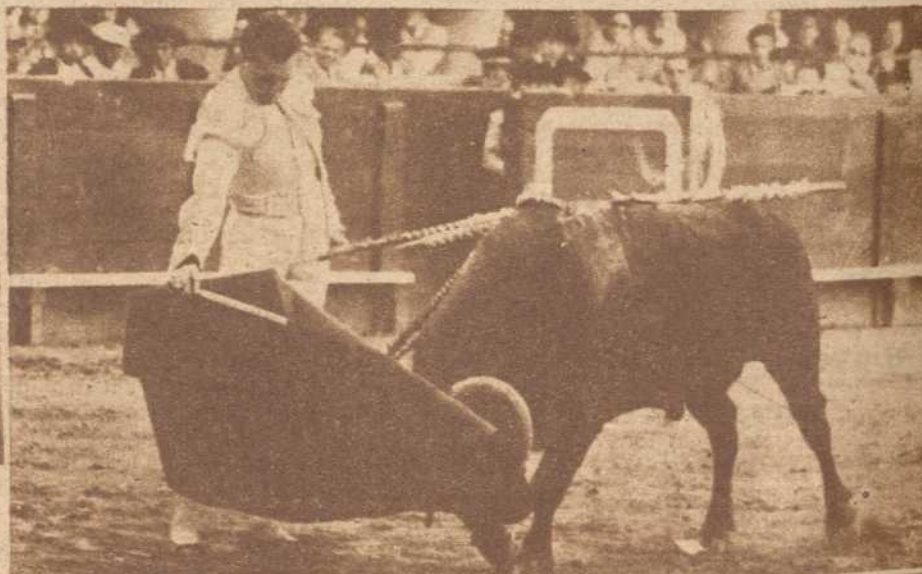
Luis Miguel citando para el natural, con la izquierda, a su primero



Dos pases con la derecha de Luis Miguel



Luis Miguel corriendo la mano (Fotos remitidas por H. Perodi)





Don Fernando Ardu-
ra, empresario que
fué de la Placita de
la Ciudad Lineal

REPASANDO la vi-
da taurina de
los más famo-
sos lidiadores, siem-
pre se encuentra un
hecho poco divulga-
do, o ignorado, digno de ser conocido por los afi-
cionados a la Fiesta brava.

En la existencia de "Joselito" registran-
se sucesos que ponen de manifiesto la enorme afición y
el desmedido celo de aquél, esclavo de su profes-
ión, a la que se entregaba en toda ocasión y mo-
mento.

Divulgada en libros, folletos y periódicos la
trayectoria torera del indiscutible maestro de Gel-
ves, desde su presentación como becerrista, vis-
tiendo el traje de luces, en Jerez de la Frontera,
el 19 de abril de 1908, hasta la luctuosa tarde del
16 de mayo de 1920, en la que halló la muerte en
el ruedo de la Plaza de Toros de Talavera de la
Reina, poco nuevo puede añadirse a lo mucho es-
crito por sus biógrafos y comentaristas.

Y, sin embargo, existe un acaecimiento en su
profesional historial desconocido por haberse lle-
vado con gran reserva en el momento de su rea-
lización, que ahora vamos a hacer público al cabo
de los treinta y seis años transcurridos.

Con ser muchas, muchísimas, las páginas bri-
llantes que dejó escritas con letras de oro en los
anales del toreo, la que se refiere a su actuación
en la vieja Plaza madrileña el día 3 de julio del
año 14 ocupa, entre todas aquellas, un lugar pre-
ferente.

En esta imborrable fecha, José se encerró en el
circo matritense, previamente anunciado, con seis
toros colmenareños de la acreditada y lamenta-
blemente desaparecida ganadería de los herederos
de don Vicente Martínez.

Su éxito fué rotundo. Cortó las orejas de las
reses "Coralino" y "Presumido", lidiadas en cuar-
to y sexto lugar, y consultado el propósito con su
intimo amigo don Joaquín Menchero, ocupante de
una barrera del tendido 10, lidió y mató un sép-
timo bovino de los expresados ganaderos sin dar
la más leve señal de cansancio.

Por tal hazaña llamaronle durante bastante
tiempo "Joselito Matasiete" quienes ignoraban el
prólogo que tuvo tan famosa corrida.

¿Estuvo acaso José descansando en su morada
durante la mañana de la corrida hasta el momen-
to de vestirse para acudir a la Plaza?

¡Sí, sí! Seis horas antes de empezar tan sonado
espectáculo, el llorado diestro hizo verdaderas lo-
curas con un novillote en la placita, aun existen-
te, de la Ciudad Lineal, hasta el momento de po-
nerle en manos de los matarifes después de una
gran estocada.

Pero mejor es que conozcan nuestros lectores
la anécdota por el relato que de ella nos ha he-
cho don Fernando Ardu, empresario entonces de
la referida Plaza, popular en los medios taurinos
y en la actualidad alejado del negocio tauromá-
quico, acreditado industrial.

—La víspera de la corrida —empieza a decirnos
el señor Ardu— recibí un recado de don Ma-
nuel Pineda. Deseaba hablarme de un asunto en

el que tenía gran interés su poderdante "Jose-
lito".

Intrigado —continúa—, y sin sospechar el deseo
de aquel coloso del toreo, el señor Pineda me dijo
que José, a manera de entrenamiento y para me-
dir sus fuerzas, quería lidiar, en la mañana de la
corrida, a puerta cerrada, un novillote bravo.

Me puse de acuerdo —prosigue— con el apode-
rado, encargándole la mayor reserva, y todo lo
tuve dispuesto para aquella insospechada corrida.

En efecto —es el señor Ardu quien continúa
hablando—, al filo de las diez de la mañana se
presentó "Joselito" en la placita. Le acompañaba
su hermano Fernando, el crítico taurino don Ale-
jandro Pérez Lugin ("Don Pio"), su apoderado,
señor Pineda, y el mozo de estoques.

Antes de dar salida al novillo encerrado, dijo
"Joselito" que le iba a lidiar sin dar un paso
adelante, imponiéndose la obligación de andar y
correr de espaldas. Y así le lidió, principalmen-

Después clavó tres pares asombrosos por la eje-
cución, por lo reunidos y por lo exacto al medir
el terreno; y todo ello corriendo de espaldas.

—¿Cómo?

—Sin dar un paso al frente, José se hacía pre-
sente en la cara del novillo, retrocedía casi de
tercio a tercio con enorme seguridad, perseguido
de esta guisa la res, el torero se paraba de pron-
to y entonces ejecutaba la suerte. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Y como el novillo tenía mucha casta, con el
capote le toreó a su gusto, excediéndose particu-
larmente en el "galleo". La faena de muleta fué
de adorno, pinturera y rebosante de gracia, y la
estocada, hasta el puño.

—Joselito quedaría contento de sus portentosas
facultades.

—Desde luego. Y hasta dijo: "¡Ahora vamos a
ver qué es lo que pasa esta tarde!" El señor Pi-
neda ya se había retirado para asistir al aparta-
do de los toros de Martínez, y José, con su her-
mano, "Don Pio" y el mozo de espadas, abandonó
la placita, satisfecho del resultado de su matulina
prueba y deseoso de que llegase la hora de abrir-
se por la tarde el chiquero de la vieja Plaza para
que pisara su albero el primer astado de Colme-
nar, de los siete encerrados.

—¿Y usted?

—Convencido, como los citados testigos, de la
genialidad de José, de que éste sería en plazo
breve el genio, la figura cumbre de todos los
tiempos. Y no nos equivocamos, porque horas más
tarde en el ruedo madrileño triunfaba clamoro-
samente, siendo proclamado por "Don Modesto",
el famoso cronista, echando mano a una de sus
frecuentes hipérboles, de "Papa-Rey del Toreo".

Cerramos la charla sostenida con el señor Ar-
du, agradeciéndole las primicias de la anécdota
inédita, y nos despedimos cordialmente.

Por nuestra cuenta sólo vamos a hacer un bre-
ve comentario:

Cuando ocurrió todo lo anteriormente narrado,
"Joselito" contaba diecinueve años de edad!

DON JUSTO

UN SUCESO IGNORADO El prólogo de una tarde memorable de "JOSELITO"



Aspecto de un tendido de la Plaza de la Ciudad
Lineal, durante la celebración de un festival.
En la ocasión a que se refiere este reportaje,
hallábanse todos vacíos

te, banderilleándole y matándole finalmente.

—¿De quién era el novillote?—le preguntamos.

—De la ganadería de don Gumersindo Llorente,
tio del actual matador de toros de igual apelli-
do. Costó 425 pesetas y su carne se vendió a
19 pesetas la arroba.

—¿Su peso?

—Trece arrobas; pero en un ruedo tan peque-
ño como el que tiene la placita de la Ciudad Li-
neal, pesaba para el torero dieciocho.

—¿Cómo estuvo José?

—Guardo un imborrable recuerdo de sus genia-
lidades. ¡Qué bien toreó! Por el mismo lado mar-
có cinco pares de banderillas al quiebro, vencién-
dose tanto el torete en el último, que le tropezó.

El atuendo torero de José, en encerronas
como la que motivó esta información
(Fotos Archivo)



Los temas taurinos son siempre iguales, con muy escasas y muy relativas modificaciones. Desde que las corridas de toros existen poco más o menos como las vemos hoy, es decir, desde que se practican las suertes de varas, banderillas y espada en un orden tan cerrado como inalterable, suceden idénticas cosas dentro y fuera del anillo. Los toros de antes eran más grandes; los toreros, más toreros, y los aficionados, más aficionados; lo que fue, mejor que en lo que cada momento fue o es. Un verdadero tranquilo que apenas se medita dan ganas de reír.

Inversamente, quienes sostienen tan catastróficos y derrotistas criterios son los mismos que cada día proclaman "el invento" de un nuevo pase, o que tal cosa, ocurrida ahora, jamás ocurrió en sus tiempos, como si los que aun vive fueran ya tiempos de otros y no suyos.

Ante tan contrapuestas afirmaciones, los nuevos aficionados se hacen lo que se llama un taco, y si a alguno de ellos se le ocurre rebuscar en viejos periódicos y libros de otras épocas, se pierde en el vacío y queda sumido en la inconsciencia, porque advierte pronto que los juicios de los

más autorizados de antes ponen a las corridas que ellos veían los mismos reparos que se ponen a las de ahora.

Enrique Jardiel Poncela, en un artículo publicado hace unos días en "El Alcázar", decía, poco más o menos,

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

que se quejaba de la carestía de la vida, recordando con nostalgia las épocas en que estaba más barata, si llegara a olvidarse de que ya entonces se quejaba de la carestía de la vida. Y esto es, sencillamente, lo que les ocurre a los que se quejan ahora de la Fiesta: que se olvidan de que antes también se quejaban en idéntica forma.

Se incurre todavía más en esto por el afán de renovar temas, de inventarlos, de dogmatizar, porque ninguna materia como la taurina para opinar con suficiencia y desparpajo. En las Plazas resulta divertido escuchar "opiniones técnicas" de esos aficionados que estuvieron ya abonados "desde que eran niños" a tal o cual localidad, y que vieron al "Guerra", a Mazzantini, a Fuentes y a quienes les sucedieron hasta nuestros días. Cuanto más se les crea, más chocante resulta oír sus disparates, sobre todo en torno al Reglamento. El Reglamento es la cabeza de turco a la que tiran su pelota, a pesar de que nunca lo leyeron. Todo lo más, parece —o es de suponer— que escucharon hablar de él, sin oír bien, pues sólo así se explica que exclamen indignados, por ejemplo: "¡Diez pinchazos, y el presidente sin enviar el aviso!"

Hace unos días opinaba un aficionado —muy entendido, según dicen— sobre el Reglamento para contestar a una interesante encuesta acerca de si debe modificarse. Sostenía, en principio, que no creía necesaria ninguna modificación, y que bastaría con que su cumplimiento se exigiera a rajatabla. Nos pareció respetable la opinión, aunque personalmente someteríamos a revisión no pocos artículos; pero luego el opinante se aventuró a pedir que se supriman los burladeros "por

antirreglamentarios", y nos quedamos perplejos.

"Antirreglamentarios los burladeros?", nos preguntamos. Y una vez más, dudando antes de nuestra memoria que del opinante, comenzamos la lectura del breve texto legal que rige la Fiesta, desde el artículo 1.º hasta el que llegamos al 41, en el que

nos encontramos lo siguiente: "En la barrera, y para mayor seguridad de los lidiadores, podrán establecerse, con carácter permanente, burladeros o escotillones que permitan el paso de aquéllos al callejón, pero instalados en las debidas condiciones de solidez y seguridad, quedando terminantemente prohibido, durante la lidia, la permanencia o detención en ellos de los lidiadores."

Después, con máxima reverencia al opinante, continuamos detenidamente la lectura, hasta el artículo 137, inclusive, que es el último, sin volver a encontrar, ni mencionada, la palabra burladero.

Y así se habla de temas taurinos, iguales siempre.

(Dibujos de Ismael Cuesta y Jiménez Llorente.)



RADIO-GIJÓN
RADIO-LEÓN
RADIO-LUGO
RADIO-ASTURIAS-OVIEDO
RADIO-PONTEVEDRA
RADIO-PALENCIA
RADIO-SEGOVIA
RADIO-VIGO

RADIO-SALAMANCA
MADRID-RADIO-S.E.U.
RADIO-RENASÇENÇA-LISBOA
RADIO-OPORTO
RADIO-AFRICA-TÁNGER

*Están en todos los puntos
cardinales y garantizan.....*



RADIO-ALCOY
RADIO-LEVANTE-ALICANTE
RADIO-ALMERIA
RADIO-CUENCA
RADIO-ONTENIENTE

*.....el
máximo
rendimiento*

RADIO-CADIZ
RADIO-CORDOBA
RADIO-HUELVA
RADIO-LINARES
RADIO-MÁLAGA
RADIO-MELILLA
RADIO-TOLEDO

CRI

PARA TODA INFORMACION Y CONTRATOS DIRIJANSE, SIN COMPROMISO ALGUNO, A LA
COMPAÑIA DE RADIODIFUSION INTERCONTINENTAL

MADRID • DIEGO DE LEON, 50 • TEL. 35-34-02

¿Está usted satisfecho de la temporada?

«No puedo quejarme», dice Paquito Muñoz, que toreó en el presente año sesenta y ocho corridas de toros sin sufrir ni un grave percance

Diez trajes de luces estrenó el torero de Paracuellos

Y el torero se pone un poco colorado, como si le avergonzara su propia sinceridad.

—¿Toreó mucho fuera de España?

—En Francia, seis corridas. En Portugal también toreé.

—¿Y América? ¿No quiso ir este año?

—No se arreglaron las cosas. Yo ya conozco aquello. Pero el año que viene, si Dios quiere, iré.

—¿A Méjico?

—¡Ojalá!

—Entonces...

—Sí, sí..., dígalos sin temor: yo quiero que se arregle el pleito. Mis ilusiones son ir a Méjico y torear allí.

—¿Le gustaría triunfar en la Plaza de Méjico?

—Ya le digo que sueño con eso. Tengo allá muy buenos amigos, que están deseando verme hacer el paseíllo. Creo que para un español, para un torero español, es algo inapreciable.

—¿Conserva buena amistad con los toreros mejicanos?

—Claro. Todos los diestros aztecas que vinieron por aquí son amigos míos. Con ellos he alternado bastante. Últimamente, en Francia.

—¿Cuántos trajes de luces estrenó este año?

—Diez.

—Eso significa...

—Ponga usted cada traje a seis o siete mil pesetas. Y eche la cuenta.

—¡Ya está! Setenta mil pesetas en caireles y alamares.

—Eso será. Pero como las cuentas las lleva mi mozo de estoques...

—Otra pregunta: ¿Cree que la Fiesta atraviesa una crisis?

—Según, según... Crisis artística, creo que no. De la otra, quizá. La Fiesta, como espectáculo, se resintió de las dificultades económicas de la vida. Nada más.

—¿Cómo ve la próxima temporada?

—Buena.

—¿Buena?

—Buena..., a pesar de que ahora, como otros años, se empieza a decir que no hay toros... y todo ese "lío". Yo espero que el próximo año se normalicen las cosas. Que vuelvan a su cauce. Y que, en definitiva, las corridas de toros adquieran el rango, la primacía que deben tener.

—¿Qué hará ahora, cuando se levante?

—Pues... irme por ahí. A divertirme un poco.

—Pero... ¿adónde irá?

—Al campo. A mi finca de "Arauzo", en la provincia de Salamanca. Allí haré ejercicio, vida sana al aire libre. Después..., me entrenaré un poco —ya tengo en el bolsillo la invitación de varios ganaderos— y daré una vuelta por Andalucía. También por allá tengo buenos amigos.

—¿No vendrá por Madrid?

—Sí. Pero a partir de enero me dedicaré de lleno al toro. Bueno..., al toro o a lo que salga. La cuestión es no perder la forma.

—¿Cuándo comenzará?

—Aun no lo sé. Pero... cuanto antes.

—Eso se llama afición.

—Sí, señor.

Y la conversación termina. Dejo a Paquito Muñoz fumando un cigarrillo. Su hermano me entrega una foto del matador en traje campero, hecha recientemente en "Arauzo". Estampa clásica del torero que conquistó con su arte y su esfuerzo la gloria difícil. Una foto que no puede fallar en el acompañamiento gráfico de estas líneas.

F. N. G.

—Pero, hombre..., ¿qué es eso?

Y Paquito Muñoz se disculpa:

—Nada de particular. Un enfriamiento..., pero ya estoy bien. Mañana o pasado abandonaré la cama, y... a disfrutar de este sol.

El torero de Paracuellos lleva varios días en el lecho. No es frecuente esto de ver a un matador en cama, "víctima" de un vulgar catarro como cualquier hijo de vecino. Pero siempre es mejor que sea por tan leve motivo. Mucho peor sería que la causa fuera un miureño.

—Vamos a ver, amigo: ¿le importa que hablemos de su campaña?

—Al contrario...

—Pues..., ¡venga de ahí! ¿Muchas corridas este año?

—Sesenta y ocho.

—¿Más o menos que el anterior?

—Menos. En la temporada anterior toreé setenta y dos.

—De cualquier forma, ¡buena temporada!

—Sí, señor. No puedo quejarme. La campaña fué buena. Yo, al menos, estoy satisfecho. Empecé en Utiel el 19 de marzo, y terminé el 30 de octubre en Lisboa.

—Y... sin un percance.

—¡Gracias a Dios! Tan sólo sufrí un achuchón, un puntazo sin importancia, en Calatayud, el 9 de septiembre.

—¿Perdió alguna corrida?

—No.

—¿De qué tarde guarda mejores recuerdos?

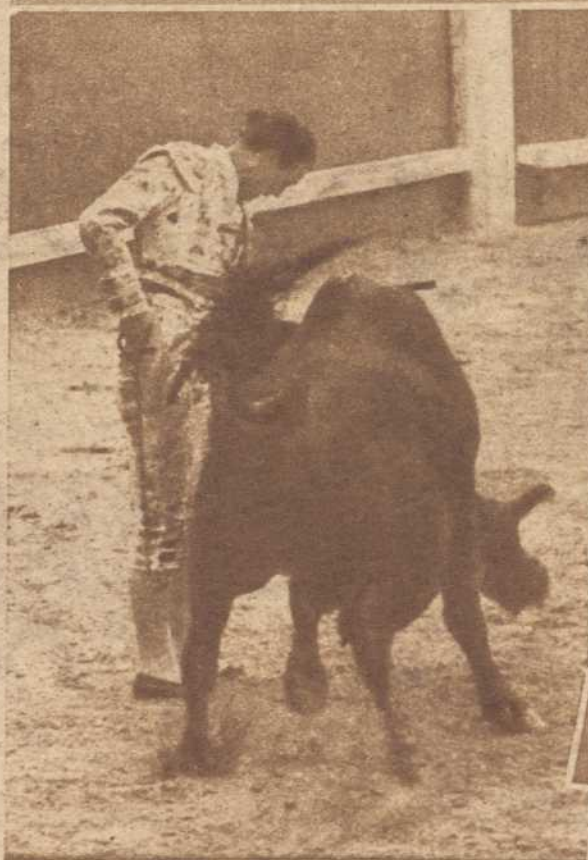
—Es difícil elegir... Quedé muy satisfecho de mis actuaciones en Bilbao y San Sebastián, en las ferias de agosto; en Linares, en la corrida del trofeo del pobre "Manolete", y en la corrida de Atanasio Fernández, en la Feria madrileña de San Isidro.

—¿De cuál guarda, por el contrario, malos recuerdos?

—De aquellas tardes —contesta rápido Paquito— en que no corté orejas.

—Eso está muy bien dicho.

Paquito Muñoz aprovechará la invernada para irse a su finca de «Arauzo», en el campo de Salamanca y hacer mucho ejercicio.



Un pase natural de Paquito Muñoz en una de las corridas de la Feria de San Isidro



El torero madrileño firma en el abanico de una admiradora

El festival benéfico de

Dos toros para el duque de Pinohermoso y cuatro novillos para "Lagartijo", "Calerito", "Joselete" y el aficionado santanderino Paco Saravia

Presidieron "El Gallo", "Machaquito", "Zurito" y Martorell

La Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza (vulgarmente conocida por "la de los gitanos"), erigida en la parroquia de Santa Marina de Aguas Santas, pila bautismal de varias figuras cumbres de la lorería cordobesa, organizó este festival benéfico, al que el público correspondió unánimemente, llenando el coso. Desde luego, los alicientes del festejo contribuyeron al éxito de taquilla. Y el éxito artístico vino por sus pasos contados, porque todos y cada uno de los nombres anunciados pusieron a contribución su buen deseo por "quedar bien", y a fe que lo consiguieron.

Digamos, como cuestión previa, que un ramillete de lindas cordobesas, ataviadas con los trajes típicos de la tierra —sus nombres son: María Paz García Courtóy, Pilar Merino Tejada, Pilar Ramos Lacalle, Angelita Altolaguirre Obrero, Pepita Merino Aumente, María Teresa Velasco, María Luz Gisbert Navarro, María de Lourdes Cañete Guerra, Angelita Barbucho López y María Carijo Porras—, desfilaron previamente por el ruedo en magnífico coche de caballos, y pasaron después a ocupar la presidencia de honor.

Inició el despeje otra bella amazona cordobesa, la gentil señorita Rosarito Alvear Guerra. Y las cuadrillas del duque de Pinohermoso, caballero en una de sus briosas jacas; "Lagartijo", "Calerito", "Joselete", los tres novilleros de Córdoba, y el aficionado santanderino don Francisco Saravia, iniciaron su rumbo hacia la presidencia, ocupada ésta por dos señeras figuras del toreo de ayer: Rafael Gómez ("el Gallo") y Rafael González ("Machaquito"), y el único matador de toros que hoy tiene Córdoba, José María Martorell, amén del presidente oficial, señor Quero, comisario de Policía, y del asesor "Zurito", matador de toros retirado que alcanzó la época del "Divino Galvo".

El toro que rompió plaza era de la ganadería del excelentísimo señor duque de Pinohermoso, cedido por éste al efecto, y el último de la tarde, de la vacada de la señora viuda de Arribas, también corrió a cargo del prócer rejoneador. Eran dos toros de igual corte, con poder ambos, con kilos, y muy suave el primero, al que había que provocar con el caballo. El segundo, magnífico ejemplar, bravo y codicioso, dió una lidia excelente. El duque se mostró dominador

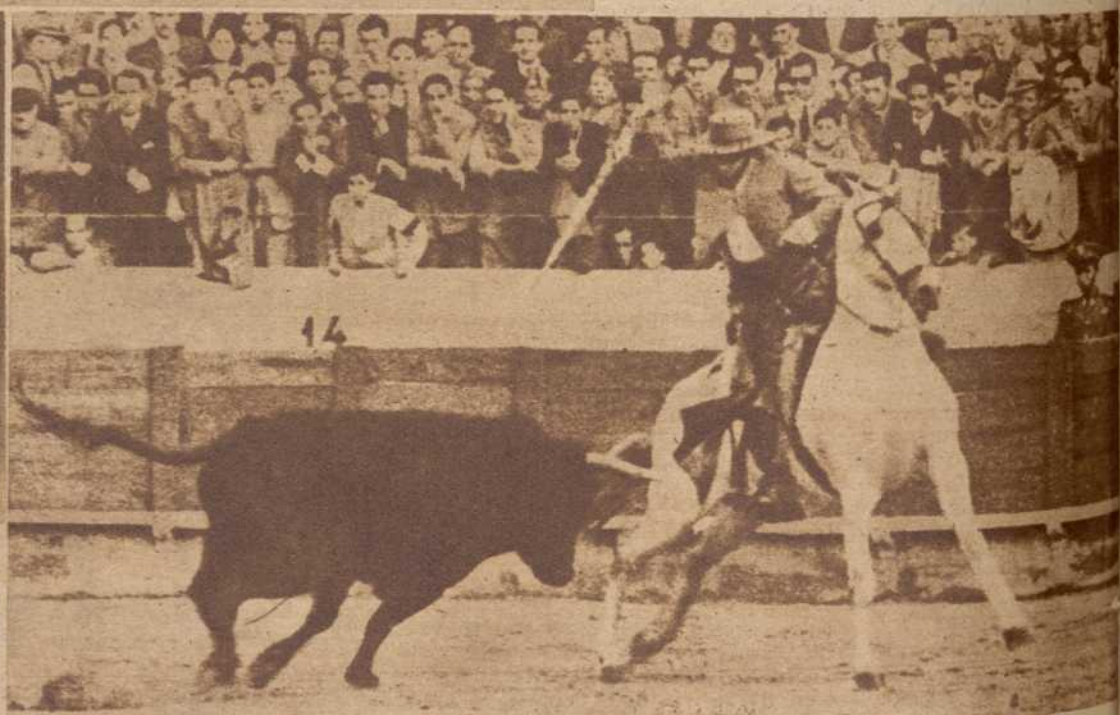
Las presidentas, antes de comenzar el festival

A su llegada a Córdoba son acogidos con vivas manifestaciones de simpatía el duque de Pinohermoso, Rafael "el Gallo" y don Antonio Cañero

El desfile, en una jardinería, enjazzados los caballos a la andaluza



Los ex matadores de toros «Machaquito», Rafael «el Gallo» y «Zurito», en la presidencia oficial



El duque de Pinohermoso clavando un rejón

El ex rejoneador don Antonio Cañero, a quien el duque de Pinohermoso brindó uno de sus toros (Fotos Cano, Ricardo y Santos)



El toro que rompió plaza era de la ganadería del excelentísimo señor duque de Pinohermoso, cedido por éste al efecto, y el último de la tarde, de la vacada de la señora viuda de Arribas, también corrió a cargo del prócer rejoneador. Eran dos toros de igual corte, con poder ambos, con kilos, y muy suave el primero, al que había que provocar con el caballo. El segundo, magnífico ejemplar, bravo y codicioso, dió una lidia excelente. El duque se mostró dominador

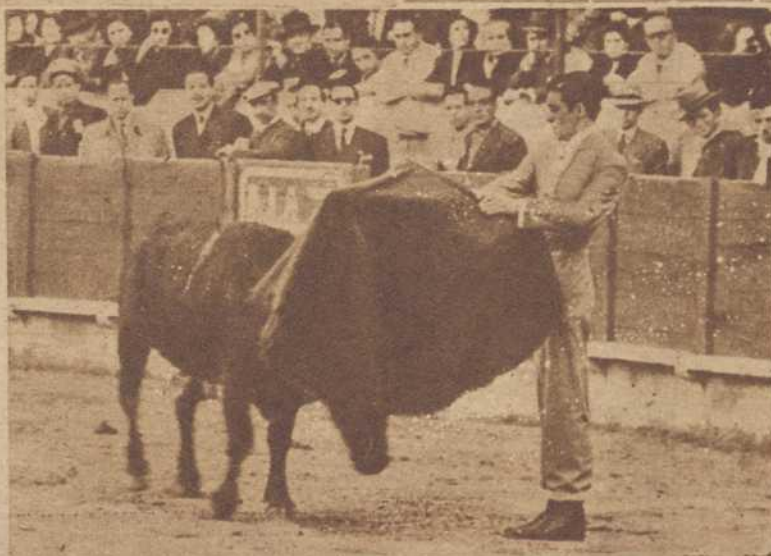
domingo en CORDOBA



El duque de Pinhermoso entrando a matar su segundo toro. Una venenica de «Caleritos»

de la cabalgadura, jinete consumado, que, a lo largo de su labor con rejones y banderillas, alcanzó, desde luego, un triunfo definitivo. Su gesto, noble y gallardo, fué premiado por las constantes ovaciones del público. Y aun se decidió el duque, en un alarde de amor propio, que rima muy bien con su desmedida afición al caballo y al toro, a echar pie a tierra y a pasaportar brevemente a sus dos enemigos, del primero de los cuales le fué concedida una oreja y dió la vuelta al ruedo entre aclamaciones. Los novillos de lidia ordinaria fueron de las señoras herederas de Olivares, primero y tercero, y segundo y cuarto de don Angel Rodríguez. Fué el tercero el único que ofreció alguna dificultad para la lidia.

Rafaelito («Lagartijo») toreó muy bien con capote y muleta a su enemigo, entre música y ovaciones. Sobre todo la faena de muleta fué muy adornada y pinturera. A no ser porque con el estoque empleó varios viajes, se le habiese premiado con la oreja. Y algo más ganó «Calerito», que en su novillo —el ma-



«Lagartijo» en un pase ayudado por alto al novillo que le correspondió

Un pase con la derecha de «Joselete»

«Joselete», valiente y decidido, luchó con un novillo soso, y en su labor empleó una voluntad que el público —al dejar el diestro una estocada arriba— le agradeció con la vuelta al ruedo.

La novedad de la tarde la constituía el buen aficionado santanderino Paco Saravia, que, de paso por Córdoba, quiso dejar sentada su calidad de «buen catador de las cosas de toros». A ello contribuyó el entusiasta don Mariano Rey Soler, donando el novillo con el que el señor Saravia nos demostró que no es nuevo en estas lides, sino que, por el contrario, sabe el terreno que pisa —y que pisa firme—, compone la figura y temple y manda en el toro. Así, con capote y muleta, lució un estilo que para sí quisieran muchos profesionales. Y para colofón logró una estocada sin saltar el acero, y otra entrando recto y hasta la cruz. Dos orejas, vuelta al ruedo y salida en hombros fueron el premio. Buen recuerdo se lleva de Córdoba —a la que por vez primera visita— este aficionado, al que muchos tenemos verle pronto atacado por el peligroso virus que trae consigo el triunfo y los aplausos... ¡Enhorabuena!

JOSE LUIS DE CORDOBA



yor de los cuatro— templó y mandó con el capote, y con la muleta realizó un trasteo repesado y justo, por naturales y de pecho, manoleteras y adornos, que caldeó a la multitud. Entre música y oles montó la espada, y previo un pinchazo, dejó todo el estoque y hubo de recurrir al descabello. En gracia al mérito de la faena cortó dos orejas y dió la vuelta al ruedo.

Antes de comenzar el festival, el duque de Pinhermoso depositó un ramo de flores en la tumba de «Manolete»

El aficionado santanderino Paco Saravia en un pase por alto



Feria de cascabel y percalina,
muerta la media luna gladiadora,
de limón y naranja; reolina
de la muerte girando, y los toreros
bajo una alegoría voladora
de palmas, abanicos y sombreros.

RAFAEL ALBERTI

El viernes 30 de julio de 1926 se presentó «Gitani-
llo» en el ruedo madrileño. Su excelente campaña
en provincias interesó a la afición, que acudió a
la Plaza con lógica esperanza. «Curro Puya» alternó aquel
día con «Lagartito» y el caraqueño Julio Mendoza. Se
lidiaron reses de Coquilla y del duque de Tovar. En la
reseña de «A B C» del 31 de julio leemos, firmadas por
E. P. (Eduardo Palacio Valdés) las siguientes líneas: «Es
realmente el gitano un torero que, singularmente, con
el capote tiene dominio y facilidad; pero no parecía ayer
la gran figura que en infinidad de Plazas aseguran que
es». En otras palabras, «Gitaniillo» apuntó tan sólo su
calidad, bien demostrada después. Y eso que, según
puede apreciarse, por la descripción que el propio críti-
co hace de las faenas del trianero, debió agradar al pú-
blico. «En su primer toro —decía Palacio Valdés— hizo
un quite precioso, y con la muleta, después de una fae-
na voluntariosa, pinchó tres veces, largando al fin una
estocada contraria. Con el bicho que cerró plaza toreó
mejor de muleta el debutante. Y a la hora suprema cla-
vó todo el estoque en lo alto, arrancando a un tiempo
diestro y res. El público aplaudió mucho al de Triana,
al que seguramente vería otra vez con agrado, perdi-
do ya el torero el miedo natural a la Plaza madrileña».

El arte exquisito de su capote

Tras su presentación en Madrid, el cartel del gitano
creció considerablemente. Aquella temporada toreó mu-
cho, aunque se prodigó más en las Plazas andaluzas. En
Sevilla toreó el 5 de septiembre, alternando con José
Pérez («Nizi») y Mariano Rodríguez (otro de los favori-
tos del público sevillano por aquellos días) en la muerte
de seis novillos de don Antonio Flores, procedentes de
la ganadería del duque de Braganza. En su primer ene-
migo, Curro estuvo muy bien y mató de una gran esto-
cada, que le valió muchos aplausos. En el otro novillo
fué cogido aparatosamente y hubo de pasar a la enfer-
mería, donde le apreciaron una herida en el escroto y
contusiones diversas en el muslo y la fosa ilíaca izquier-
da. Al analizar en «Toros y Toreros» la temporada de
1926, escribía así «Don Ventura»: «Gitaniillo de Triana»
nos ha producido la mejor impresión: cuantas veces le
hemos visto torear, pues si el capote lo maneja con arte
exquisito, con la muleta ha realizado faenas muy nota-
bles, y en momentos de compromiso hemos presenciar-
do cómo entra a matar con la preocupación de llegar
con la mano al morrillo».

Una hazaña singular

En la temporada de 1927, que había de conocer la al-
ternativa del torero gitano, realizó éste una hazaña sin-
gular: despachar tres novilladas en un día. Algo análo-
go había hecho «Guerrita» en su época de matador de
toros. Pero el cordobés era un coloso, en magníficas con-
diciones siempre; «Curro Puya», por el contrario, no pa-
recía capaz de vencer tan agotadora prueba. Y, sin em-
bargo, «Gitaniillo» salió triunfante.

Por la mañana toreó en San Fernando (Cádiz), en
unión de Vicente Barrera. Ambos cortaron orejas y ra-
bos. Por la tarde, en la Maestranza sevillana, actuaron
los dos, en una novillada a beneficio de la Asociación de
Periodistas sevillanos. Y por la noche, en unión del cor-
dobés «Cantimplas», se encerraron en el ruedo de la Ciu-
dad del Califato para despachar la tercera corrida del
día. Esta última, realmente, fué ya de... la noche. Em-
pezó a las doce y media y terminó a las dos y media de
la madrugada.

La alternativa

El 8 de agosto de 1927 tomó la alternativa «Gitaniillo».
El acontecimiento se celebró en el Puerto de Santa Ma-
ría y llevó al simpático ruedo portuense a los aficiona-
dos de toda la Baja Andalucía. De Sevilla, de Huelva,
de Jerez, de Cádiz... llegaron, en caravanas, miles de
espectadores. El cartel era sumamente atractivo. Rafael
Gómez («el Gallo»), Juan Belmonte y el gitano. «Curro»
hubiera querido que fuera Juan su padrino, pero la ma-
yor antigüedad de Rafael, en el Escalafón taurino, con-
cedió a éste tal honor. Se lidiaron reses de Concha y Sie-

...lo hemos visto
...«Don Ventu-
...en «Toros y To-
...—entrar a ma-
...con la preocupa-
...de llegar con la
...al morrillo»

...lo inició «Gitaniillo»
...faena de muleta a
...vigilantes, el toro de
...alternativa. «Vigi-
...entes», de Concha y
...Sera, era berrendo
...negro y llevaba el
...número 47 sobre la
...piel. (Fotos Archivo)



Martínez de León captó, con su pluma, este mar-
villoso apunte del arte singular de «Curro Puya»



De la fragua a la gloria taurina
FRANCISCO VEGA de los REYES
El torero gitano

Con Vicente
Barrera alternó
mucho «Gitani-
llo». Con él to-
reó en las tres
novilladas li-
diadas el 25 de
julio de 1926



La alternativa de «Gitaniillo» en el Puerto de Santa María. Rafael
Gómez («el Gallo») code los trastos de matar al nuevo doctor.
El «Curro» del toro no se contentó con el abrazo acostumbrado.
Le echó a la ceremonia su poquito de discurso: unos consejos de
un viejo torero «cuarterón» de gitano, a otro «calé» por los cuatro
castados

rra, que salieron bravas y grandes. «Gitaniillo» saludó a
«Vigilante», su primero, con cuatro verónicas esplén-
das y majestuosas, que pusieron al público en pie y des-
ataron sobre la Plaza la primera gran ovación de la tar-
de. Después, y tras la ceremonia de rigor, en la que «El
Gallo» metió su poquito de discurso, el toricantano «calé»
se fué al toro y, con los pies juntos, comenzó la fae-
na de muleta. Naturales, pases de pecho, molinetes...; fué
toda una lección de buen toreo que terminó con media
estocada «en tó lo alto» que valió al gitano la oreja y una
vuelta al ruedo a hombros de unos entusiastas aficio-
nados. En el sexto toro —que, apenas asomó por los tori-
les, sembró el pánico en el redondel— «Curro» cumplió
como los buenos, mereciendo, asimismo, la ovación del
«respétale».

La confirmación en Madrid

El 6 de octubre se preparó la confirmación de la al-
ternativa en Madrid. El cartel fué una repetición de la
corrida del Puerto, con el añadido de Simao da Veiga,
el gran rejoneador portugués, que rompió plaza lidián-
do a caballo dos toros. En la lidia ordinaria se corrieron
seis de la ganadería de don Julián Fernández (antes de
don Vicente Martínez). «No estuvo mal en su primero
—escribía el Maestro Banderilla en *El Eco Taurino*—
aunque no tuvo suerte en el descabello. Sosote el toro,
pero valiente y decidido el matador. Al final, el público
le aplaudió con cariño. Luego, en el transcurso de la co-
rrida, estuvo admirable con el capote, hizo quites ma-
ravillosos, dió lances modelo de arte y de temple que
fueron ruidosamente ovacionados, y luego, al final, en
el último toro, realizó una de las mejores faenas de mule-
ta que se han ejecutado este año en esta Plaza de Ma-
drid. Valiente, cerca y, sobre todo, artístico, elegante,
suave, con estilo personal. El público lo aclamó con
verdadero entusiasmo. De no haber actuado Belmonte,
o, mejor dicho, de haber actuado con otros toreros que
dicen que fueron y que aun siguen diciendo que lo son,
ésta hubiera sido la tarde grande de «Gitaniillo de Tri-
ana». Y ahí queda eso para el año que viene. Se ha cum-
plido la profecía de Belmonte. En «Gitaniillo» hay un
torero, y un torero caro. De toda su promoción, éste es
sin disputa el más enterado, el de mejor estilo, el de más
gracia torera. Y si lo dudan, aquí están los comprobantes
con el sexto toro de don Vicente, lidiado en esta corrida».

Por su parte, Palacio Valdés se expresó así en «A B C»:
«Gitaniillo de Triana», que se doctoró en esta corrida, es
tan excelente torero y tiene un estilo tan personal, tan
suyo, que no obstante alternar en esa corrida con Bel-
monte, y en esta tarde para éste espléndidamente triun-
fal, destacó su personalidad en todo momento, no sólo
lancheando con la capa de modo admirable, sino reali-
zando dos faenas de muleta, especialmente la última,
de verdadero artista. Faena de oreja, que perdió por
ser breve con el estoque».

Resumen de la temporada 1927

En total, en esta temporada de 1927, treinta y dos
novilladas y dieciocho corridas. En «Toros y Toreros»
nuestro compañero «Don Ventura» juzgó así la actua-
ción del gitano en este año: «Después de una lucida cam-
paña como novillero, a la que puso término en el mes de
agosto, se hizo matador de toros con el beneplácito de
los aficionados, que ven en «Curro Puya», como le lla-
man en Sevilla, un torero de relevantes cualidades y un
excelente estoqueador. Es decir, que «Gitaniillo de Tri-
ana» torea y mata; es valiente y es artista, pues singu-
larmente con el capote hay pocos que le igualen. Que el
doctorado se efectuó hallándose en sazón dicho diestro,
lo demuestran los éxitos obtenidos por éste en las corri-
das que ha toreado como tal matador de toros, habien-
do quedado en situación inmejorable para la próxima
temporada, durante la cual puede ser uno de los espa-
das que más toreen».

FRANCISCO NARBONA

N.-B.—El lector habrá salvado, con su buen criterio,
una errata material en que el camarada linotipista in-
currió en nuestro anterior reportaje. Decíamos, al ha-
blar de las preferencias del señor Fernández Arranz, re-
presentante de «Curro Puya» en Madrid, que sus toreros
predilectos habían sido Fuentes, Juan Belmonte, An-
tonio Márquez, Manuel Álvarez, «Andaluz» y «Manole-
tes». Como quiera que sólo pusimos «Andaluz» y este nom-
bre iba inmediatamente detrás de Antonio Márquez,
apareció el seudónimo de Manolo Álvarez, entre parén-
tesis, de forma que parecía que lo de «Andaluz» corres-
pondía al gran estilista madrileño. Quite el lector esos
paréntesis inoportunos y la frase quedará tal como la
escribimos.—F. N.

PEREZ CAMARERO da su versión de por qué hoy el público exige más al torero



DON Arturo Pérez Camarero, jefe de Prensa y Propaganda del Instituto Nacional de Estadística, escritor y periodista desde que tuvo uso de razón, siente, casi desde entonces también, una gran afición a los toros. Claro que una afición sin desmanes —podríamos decir que recatada y pudorosa, como un amor verdadero y oculto—, ya que jamás ha tomado parte en discusiones taurinas, ni ha manifestado a gritos su opinión: se ha limitado a ir a los toros con ejemplar asiduidad y a decir en el momento preciso —como en éste, por ejemplo— lo que piensa del toreo de hoy, del de ayer y de la maraña que se teje a su alrededor.

Pérez Camarero empieza por excusarse por su

decisión de considerarse al fin aficionado, y dice:

—No sé si tengo o no derecho a figurar en esta sección dedicada a los aficionados. Yo lo soy en el sentido gramatical de la palabra, es decir, inclinado, afecto, adherido o adicto, como reza el Diccionario. Pero en materia taurina, tanto a "la afición" como a los aficionados les da un contenido mayor, que abarca conocimiento, competencia y autoridad que yo no presumo de tener.

—¿Cómo nació su afición, que, a pesar de lo que usted quiere decir, es de la buena?

—Empecé, como los toreros, por capeas de pueblo y novilladas de provincias. Mi alternativa fue una corrida regia en Valladolid, en la que toreó Fuentes. Después de un abono en San Sebastián con "Quinito", "El Bomba" y "Machaco", que se iban; "Joselito", que venía, y "El Gallo" y Gaona, como complementos, confirmé la alternativa de aficionado en Madrid, en la primavera de 1916. Desde entonces, allí nos tiene usted, en el 10 bajo, para lo que guste mandar.

—¿Nos tiene?

—Sí; yo siempre voy a los toros con mi mujer. Por eso no he tenido nunca una bronca. Ustedes, las mujeres, discuten, pero siempre acaban dándonos la razón... cuando nosotros ya pensamos como ustedes.

—¿Van ustedes a todas las corridas?

—¿Qué quiere usted que hagamos? Vamos a la Plaza de las Ventas, porque no hay más remedio; pero en cuanto podemos, vamos a otra. En Barcelona, por ejemplo, he visto veintitrés veces a "Manolete" y diecinueve a Arruza, y en otras Plazas he podido aplaudir a Antonio Caro, a "Frasquito" y al "Litri", cosas inasequibles en las Ventas.

—¿Qué recuerda de sus primeros tiempos de aficionado?

—Las cosas, en realidad, no han cambiado tanto como oigo y leo. Entonces se censuraba que las grandes combinaciones de Ferias provincianas no se veían en Madrid más que en las corridas benéficas. Se hablaba de exigencias, de imposicio-

nes, de vetos, y se protestaba de que el tamaño del ganado estuviese en desigualdad con el tronio de los espadas y la categoría de los festejos.

—¿Lo mismo que ahora?

—Con el tiempo, todo crece, y los problemas de la Fiesta no pueden ser una excepción. Hoy, hasta los precios son unos señores precios con toda la barba. Hay aficionados viejos que se lamentan de que hoy se aplaude cualquier cosa y se prodigan las orejas. Esto no es más que una de las muchas demostraciones de que todo ha cambiado. Usted, como periodista, observará que donde antes se escribía el adjetivo notable o excelente, que ya está bien, se coloca ahora toda una gama de superlativos. Pues del mismo modo no se encuentra ya una Plaza de toros donde den una chicuelina por menos de una ovación y un par de manoletinas en consecuencia justa por una vuelta al ruedo. Lo que menos varía en los toros es el aficionado. Hoy como ayer y mañana como hoy, repiten al final de cada corrida las frases de ritual: "No vuelvo más. Esto no hay quien lo aguante." Pero si se encuentra usted esta tarde de domingo con alguno de esos "desengañados", le dirán: "¿Qué tarde de toros nos estamos perdiendo este otoño por culpa de la Empresa!"

—Sin embargo, hay muchos desertores.

—Tampoco es novedad el ex aficionado que repite la muletilla: "No sé cómo todavía quedáis primos. Yo no he vuelto a la Plaza desde que falta el pobre Manolete." Lo único que varía es que este amigo, cuando toreaba "Manolete", no iba a las corridas desde que faltaba el "pobre José", y supongo que no jugó al toro de niño



porque ya guardaba luto al pobre "Maoliyo, El Espartero".

—¿Qué público cree usted que exigía más, el de antes o el de ahora?

—También se ha hablado mucho de eso, sobre todo a raíz de la muerte de "Manolete", cuando se dijo que lo había matado el público. Pues si es verdad que ahora se exige más a las primeras figuras, como en el caso concreto de "Manolete", es porque, para una vez que en una corrida benéfica se presentan en Madrid, lo hacen con todas las condiciones a su favor, eligiendo el ganado, imponiendo el número de toros que han de matarse y señalando el resto de los espadas que han de compartir con ellos los laureles de la tarde.

—¿Qué torero prefiere?

—Yo soy aficionado a los toros y no a un torero determinado, ni aun siquiera a un estilo de toreo.

—¿Qué piensa usted de las escuelas del toreo?

—Los partidarios de una escuela y enemigos de las restantes no saben lo que se pierden. A mí me gustan todos los estilos cuando se hacen bien, y ninguno cuando se hace mal.

—¿Entonces usted no tiene ídolos?

—Ni en los tiempos de Belmonte y "Joselito". Mientras la afición se dividía, yo me recuerdo viendo cómo tarde a tarde Belmonte aprendía de "Gallito" técnica y recursos para desarrollar su nuevo arte, y "Gallito" tomaba de la creación belmontina contenido para sus inmensas posibilidades.

—¿Qué suerte prefiere?

—Como le dije al hablar de los estilos del toreo, todas, cuando estén bien realizadas. Siento muchísimo que vayan desapareciendo los quites, porque me gustan mucho. Claro que esto no quiere decir que sea la suerte que prefiero, porque reconozco la importancia superior de otras y el interés, sobre todas, de la muleta.

—¿Es usted aficionado al fútbol?

—Sólo he visto dos partidos, pero leo las reseñas y sigo la marcha de los campeonatos y hasta soy —fuera del campo— "hincha" del Madrid en Barcelona y del Valladolid en Madrid. Creo que los aficionados taurinos tenemos mucho que aprender de los aficionados al balón. Estos discuten el Club local y censuran las divisiones, las combinaciones y las exigencias como nosotros, pero en el campo apoyan con decisión a los jugadores de casa y les siguen con su presencia o su desdén de victoria. En cambio, en el toreo sucede lo contrario.

—¿Qué piensa usted del pleito hispanomejicano?

—Soy partidario de la libertad de contratación y no admito fronteras para el arte ni puede haberlas entre dos pueblos hermanos. No se debe cerrar el cauce por donde vinieron Gaona y Arruza.

PILAR YVARS



¿Se acuerdan ustedes del "MORAGAS"?



POTSDAM

De quince años a esta fecha, siempre que se me ha ofrecido ocasión, he buscado y rebuscado en libros, periódicos y referencias verbales, algún dato que me pudiera poner sobre la pista de las actuaciones en España de un torero germano apodado "Moragas", cuyo alias se adjudicó el propio interesado como homenaje a la ilustre actriz del mismo apellido, de la cual fué admirador y amigo.

Conoci al "Moragas" en circunstancias nada normales, que voy a referir.

A fines del año 1934 estuve en Alemania con unos queridos compañeros de profesión, nuestro glorioso Alfonso Rodríguez Santa María, entre los desaparecidos, y Lucio del Alamo, Víctor Ruiz Albéniz, Vicente Gállego, Garriga y el fotógrafo Cortés, entre los supervivientes.

En nuestra visita a aquella nación admirable nos acompañaron en calidad de guías y mentores unos distinguidos germanos: el barón von Egelbretchen, el barón von Montteton, von Brand y otro de cuyo apellido no me acuerdo, cordialísimos todos ellos, en un constante pugilato de atenciones y de cuidados. El barón von Egelbretchen era el jefe de nuestros guías y el de mayor edad también; alto, grueso sin adiposidad, macizo, el pelo gris un poco ralo sobre el frontal, negras las cejas, su arrogante corpulencia nos recordaba la gallarda figura de Manzzantini.

A los pocos días de llegar y durante una excursión a Potsdam, viendo avanzar airoosamente a von Egelbretchen, cuando cruzaba una plazoleta de aquellos bellísimos jardines para salirnos al encuentro, se lo dije:

—Barón, me ha recordado usted a un torero español haciendo el paseo.

Sonrió el barón.

—¿A cuál?—interrogó.

—A Mazzantini.

Sonrió complacido y exclamó:

—¡Oh! ¡"Don Luis..."!

Me quedé loco.

—Pero ¿le ha conocido usted?

—Mucho. He sido muy amigo suyo.

—¿En España?

—Ya. Entonces ya no toreaba Masantini.

—Pero habrá visto usted alguna corrida de toros en España, ¿no?

—¡Oh, sí!... ¡Muchas!

Y subrayó el aserto con una sonrisa enigmática, que me intrigó. Pero cuando parecía dispuesto a despejar la incógnita con una confidencia, nos avisaron para que volviésemos a los coches, con lo cual quedó cortada nuestra charla y fui a acomodarme al "adler" que compartíamos "Chispero" y yo, animando los largos recorridos que hacíamos a través de Alemania con pegafitas líricas.

—A ver si sabes de qué es esto—me proponía Víctor, tarareándome un fragmento de cualquier zarzuela antigua.

Si yo acertaba, le planteaba en seguida otro acertijo semejante.

Y en justicia, reconozco públicamente que, aunque no con demasiada diferencia, Ruiz Albéniz acertaba más títulos de zarzuelas, sainetes y revistas que yo.

Un día embarcamos en Bohn —donde, por iniciativa de "Chispero", entramos descubiertos como homenaje al coloso de las sinfonías inmortales— para hacer una excursión por el Rhin a bordo de un vaporcito de ruedas llamado el "Barbarosse", que llevaba a bordo un heterogéneo pasaje: aristocráticas damitas, familias de clase media, marine-

ros endomingados y bien saturados, algunos de rubia y espumosa cerveza, un grupo de zagales uniformados —flechas del hitlerismo— y nosotros.

Por cierto, y lo refiero como referencia y aportación de la simpatía de que en todo momento daban pruebas los alemanes, fuese cualquiera su condición, hacia los españoles, recuerdo que hubo un incidente entre nuestro compañero Lucio del Alamo y un marinero sajón, apoplético de sangre y de cerveza, quien, movido por el alcohol, empujó a Lucio cuando pasó junto a él. Alamo se revolvio y le dijo algo fuerte, que no entendió el abotargado nauta, pero captó el gesto de airada repulsa, y cuando se disponía a agredir a Lucio, y éste a repeler la agresión con su paraguas, uno de nuestros mentores, sentado con nosotros ante la mesa desde donde, al darnos cuenta de lo que pasaba, nos aprestábamos para intervenir, nos gritó: "¡Quietos!", y, sin levantarse, dijo en voz alta al marinero:

—¡Eh, muchacho! ¡Cuidado! ¡Es un periodista español!

Lo dijo en alemán, naturalmente, pero yo no entendí más que "Agthum..." y algo así como "Spanien presse..."

Lo cierto fué que el marinero, automáticamente, se contuvo, y trocando su gesto airado por una complacida expresión, exclamó:

—¡Ah!—y dando a Lucio una amistosa palmadita en la espalda, le saludó militarmente y fué a reunirse con sus camaradas.

Pues volviendo a mi tema, y mientras nos soplábamos unas copas del oro cristalino que producen las cepas de las riberas del Rhin, recordé a von Egelbretchen nuestra frustrada charla de Potsdam.

—Me pareció ver que, cuando le pregunté en Potsdam aquello de las corridas se quedaba usted con ganas de decirme algo.

Volvió a sonreír el simpático germano, y nos descubrió su secreto, que voy a referir a continuación:

Durante el invierno de 1915... Adolfo von Egelbretchen era oficial del Ejército germano. Discutiendo —fuera de acto de servicio— con un superior, se hizo vivo el diálogo y se planteó un duelo, del que resultó gravemente herido el rival del barón. Aconsejado éste por sus compañeros, y para sustraerse a la grave sanción que indudablemente le esperaba, salió de Alemania y vino a parar a Madrid. Permaneció cuatro años en España, durante los cuales, subyugado por la belleza y la emoción de nuestra Fiesta Nacional, no quiso limitarse a ser espectador pasivo y frecuentó tentaderos y fiestas campestres de acoso y derribo, probándose en el manejo del capote y de la muleta con becerros, vacas y novillotes. Animado por sus amigos y por los toreros que presenciaron sus probaturas, decidió vestir el traje de luces, adoptando el "alias" que referí al principio, y con el cual —dejo a su responsabilidad la noticia— actuó en diferentes Plazas, entre ellas la carabanchelera de Vista Alegre.

Según propio enjuiciamiento, ni el capote ni la muleta fueron los fuertes del "Moragas"; pero con la espada era mucha gente. Metía toda la "espa" por el hoyo de las agujas, lo cual no me pareció extraño, teniendo en cuenta la talla y la fortaleza del torero germano.

Una cornada en el muslo derecho le hizo volver a la normalidad. Y poco después, indultado por el Káiser, regresó a Alemania, donde, reintegrado al Ejército, en el que alcanzó el grado de ma-

yor, conservó siempre, entre los mejores de su vida, el recuerdo romántico de sus días de "torreador" en España, gozando la emoción única —"nada parecida a ninguna otra", decía él— de verse aplaudido, en una tarde de sol y triunfo, por el público entusiasmado.

Y a bordo del "Barbarosse", sobre el Rhin, ante la desorbitada extrañeza de sus compatriotas, el barón westfaliano von Egelbretchen, utilizando como capote el mantelillo de una mesa, dió media docena de verónicas "a la antigua usanza" para demostrarnos la veracidad de su relato. Por cierto que al explicarle yo prácticamente la evolución de la verónica, desde 1915 a 1934, al "Moragas" no le cabía en la cabeza que se torease con las manos tan bajas. ¡Pues si lo viese ahora!...

Y aquí concluye la anécdota, en la cual respondo de la veracidad de mi relato; pero continuo con la duda del que nos hizo el "Moragas", especialmente en cuanto a sus actuaciones públicas, porque no he podido encontrar la menor referencia de ellas.

¿Saben ustedes algo del "Moragas"?

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Luis Mazzantini

Los óleos de Antonio Casero



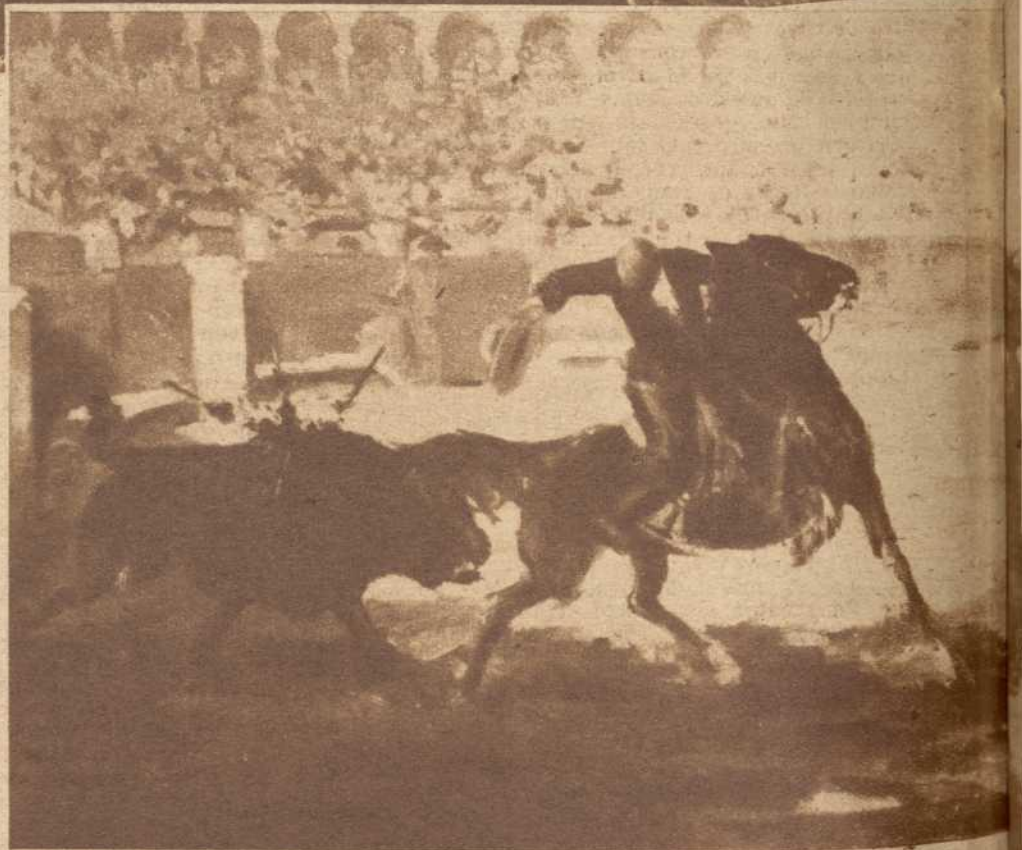
La actual Exposición pictórica del notable artista Antonio Casero sería suficiente para señalar y definir su acusada y firme personalidad, si ésta no se hubiera cimentado y descubierto hace tiempo con una labor infatigable desarrollada a lo largo de los últimos tiempos. No pretendemos, pues, con esta crónica palpitante de actualidad, el criticar, sino más bien confirmar lo que ya en multitud de ocasiones hemos dicho: el recio temple y la sana y jubilosa visión estética y colorista de Antonio Casero, que no puede ni debe pasar inadvertida en estos tiempos de confusiónismo y de falsos valores y conceptos que nada, por desdicha, aportan al arte contemporáneo malogrando la línea luminosa de nuestra pintura.

Treinta y tres obras presenta Antonio Casero en su actual Exposición, treinta y tres obras que son el más claro y auténtico exponente de sus hábiles dotes de artista de los pinceles usados honradamente, sin retorcimientos o hipócritas adulaciones a una técnica manida y caída en desuso.

Muchas veces hemos hablado de Antonio Casero dibujante. Hablemos hoy de Antonio Casero como pintor, como artista que ha sabido superarse, engrandecerse, en una evolución natural y lógica, al dominar todas las disciplinas y todas las temáticas. Porque si analizamos el hondo sentido de su obra, veremos cómo el pintor ha sabido caminar suavemente por todos los asuntos primordiales del arte pictórico, mostrándose sabiamente en cada uno con la técnica y el espíritu que a cada cual corresponde. No es Antonio Casero el pintor limitado a un asunto en cuya mecánica se especialice, porque ello implicaría tanto como doctorarse en una cátedra sin dominar el resto de las asignaturas que componen o integran su carrera. Vario y profundo, multiforme y consecuente con su temperamento, con su cultura y con sus enseñanzas, tres temas fundamentales y que caracterizan, sin

«El encierro»,
lienzo de Casero,
lleno de luz
y sobrio de técnica,
que caracteriza su
pintura

«El duque de
Pinohermoso»,
a la salida de
un rejón»



embargo, su pintura, podemos entresacar de su Exposición: el tema matritense, el de los toros y el reverente y emocional de la pintura religiosa. Es decir, de un lado lo profano; de otro, el místico; lo popular y anedótico y lo espiritualista y simbólico, aquello que, ahondando en la conciencia humana, ha de producir la emoción estética, tanto en el corazón como en el cerebro. De ahí la complejidad robusta y vigorosa de la obra del pintor que nos ocupa.

Madrid lo lleva en el alma, no sólo por devoción nativa, sino por inclinación temperamental, y si a ello se une la tradicionalidad fervorosamente hereditaria, se tendrá explicado, amén de otras

muchas circunstancias, el motivo de esta reiterada temática, que ha hecho de Antonio Casero el pintor matritense por antonomasia. El tema no responde a una afición aislada, a una influencia del ambiente, sino a una devoción innata que es como la válvula de escape de su sentimentalidad desbordada por todo a lo que a su pueblo se refiere.

Cada ciudad, cada rincón de España ha tenido sus cantores, sus toreros, sus apologistas y ensalzadores, y así como Mesonero Romanos, don Ramón de la Cruz, Ventura de la Vega, Ramos Carrión, Arniches, Antonio Casero (padre) y Emilio Carrere, entre otros, han sido los que llevaron a la crónica, al libro o al tablado el latir emocional.

sensitivo y costumbrista de Madrid, Antonio Casero, dibujante y pintor, puede decirse que es el ilustrador y panegirista gráfico de este pueblo que aun conserva y en el que todavía perdura la gracia, el tipismo de una raza chulapona y castiza que no se resigna a envejecer ni a adultecer por el "snob" y las costumbres cosmopolitas que perturban y adulteran la esencia e idiosincrasia de su temple. Por eso, no podemos, en las pinturas de Antonio Casero ver solamente la obra en sí, sino el fondo y el valor costumbrista de la misma. Aquí el artista, como con el tema taurino, parece que se despacha a su gusto, que siente el regodeo de lo castizo y popular. A tono con el tema, es su color, la brillantez de sus tonos, el uso de las pinceladas que a veces se retrean en los tipos y en el ambiente como queriendo retratar la atmósfera que los envuelve y que los vivifica. En estos cuadros, que como páginas o ilustraciones del gran libro de la historia de este Madrid, que cambiará de aspecto, pero no de alma, de contextura interna, de espíritu y de sus más puras esencias tradicionalistas, Casero nos da una visión graciosa y chispeante, cierto donaire garboso, que no podía darlo quien no estuviera, no ya familiarizado, sino emparentado por gustos y aficiones con el asunto. El ve lo que tal vez vean pocos, y señalándolo al espejo engalanador de sus lienzos, nos muestra su Madrid, que es el mismo de ayer, de hoy y de siempre, porque el alma de los pueblos, su tipismo y su carácter está por encima de todas las revolucionarias innovaciones.

Tal vez este afán por lo popular —como aconteció con Goya— le lleva hasta los toros, y allí su paleta se vuelca en un derroche de luz y colores, en una fuerza arrolladora de contrastes. Que eso son los toros: luz y color, vitalidad y movimiento, arte y heroísmo en un espectáculo dominador de

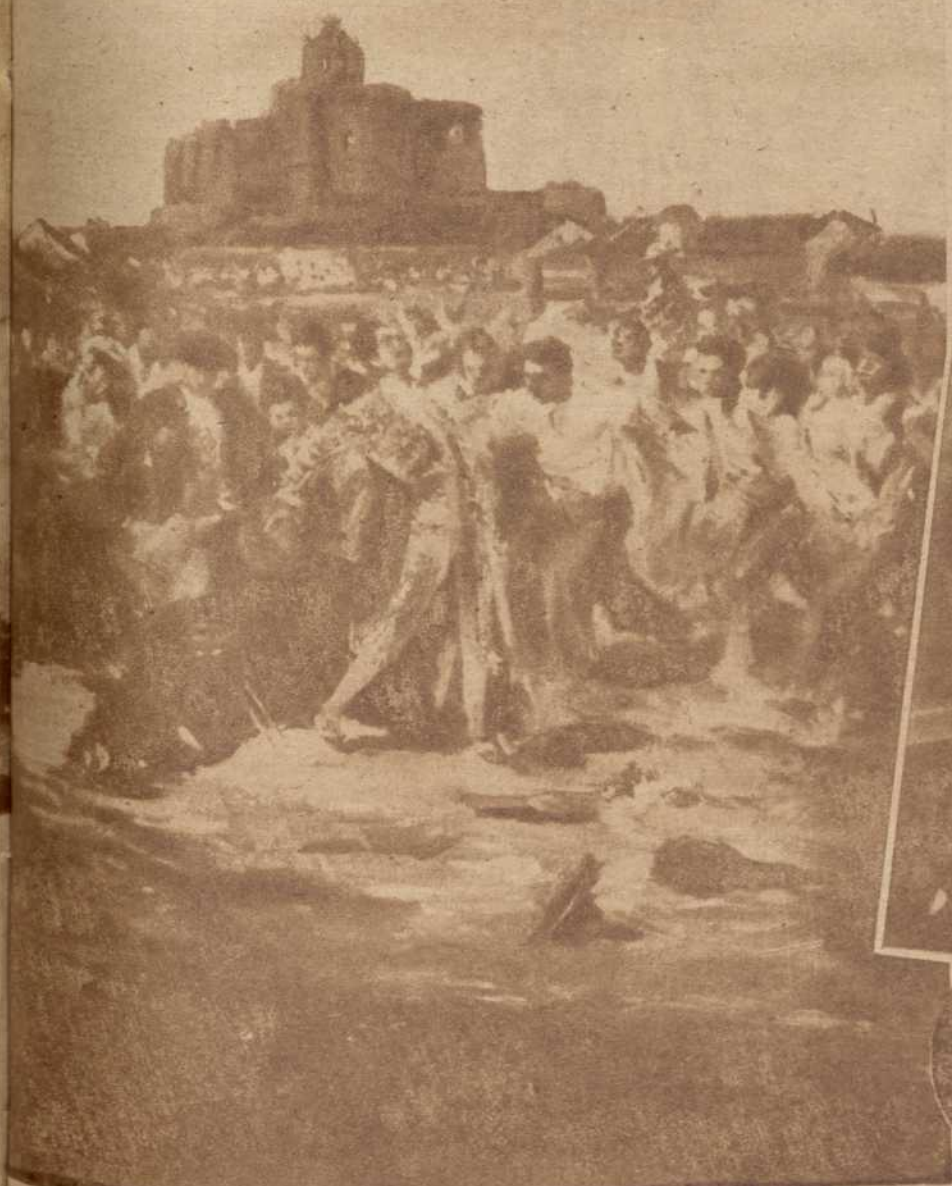


«El caballista don Álvaro Domecq», obra del pintor costumbrista y taurino

multitudes. Todo cuanto se refiere a la vida del toro, a su actividad y fiereza es el ruedo, lo ha captado su arte, que no se detiene en una sola faena, sino que, buscando la emoción, la encuentra y plasma con el arte indiscutible de una técnica segura y varonil que ha sabido dominar con la variedad sutilísima y anticromática de sus pinceles. Casero siente el tema taurino, como siente lo popular y castizo del alma del pueblo de Madrid. Ríe y llora con los pinceles a un mismo tiempo, y en esta amalgama de emociones, en este ir y venir, en este viaje de ida y vuelta del tipismo al ansia soleada de los toros, va dejando regueros de su propia alma que se desborda en una catarata de colores, que no se puede pintar, sin sentir, sin marcar las huellas del íntimo sentimiento. Así sus pinturas taurinas son la resultante feliz de sus mismas emociones, la suma y compendio de muchas horas vividas sobre el marco esplendoroso y españolísimo de las corridas de toros.

Una novedad hemos de señalar en esta Exposición de Antonio Casero: sus obras al óleo sobre temas religiosos. Toda la tradicionalidad histórica y gloriosa de nuestra pintura está, ya se sabe, sujeta al tema sacro. Toda la gran obra de nuestros primitivos, y de la Edad de Oro, se desenvolvió en esta temática. Ribera, Zurbarán, el Greco, Murillo, Velázquez, Ribalta, Cano, Morales, Berruguete, han ido dejando en sus lienzos la eterna verdad de la vida y de la muerte, el espíritu divino que alentó la vida de Cristo y de los Santos. Todo el hondo sentido espiritualista de la vida humana que immortalizándose en la pintura como signo de la perennidad y supervivencia de las almas. El cuerpo muere: sólo el espíritu subsiste. De ese mundo interior han surgido las más grandes obras de nuestra pintura, del tema religioso arrancaron las más inmarchitables escuelas. Antonio Casero no podía sustraerse a la influencia temperamental e ideológica del tema, y nos ha ofrecido tres obras: "Descendimiento", "Entierro" y "Cristo crucificado", que son toda la revelación emocional del artista. Aquí el pintor, en una absoluta entrega de su voluntad creadora, nos ofrece tres lienzos que vienen a sintetizar, y en técnica irreprochable, la emoción de todos los dolores humanos. Elogiemos, sí, su obra, por la que Antonio Casero entra de lleno, con su pluralidad temática, en el círculo reducido y privilegiado de los maestros.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«El final de la Feria», óleo de Antonio Casero que figura en su actual exposición

Retrato de Antonio Casero, óleo de Jesús Molina

★ UNA INTERESANTE BIOGRAFIA ★

Evocación de Pedro Romero, el maestro

Su vida, su gloria y su tiempo

La maciza personalidad de Pedro Romero, creador de una escuela, cima del toreo de una época y de muchas épocas, en determinados aspectos insuperado hasta el presente, reclamaba la historia completa, que fuera referencia y análisis al mismo tiempo. Porque si el conocer la vida de las grandes figuras, en cualquiera actividad, es instructivo deleite, de los dictámenes que serenamente, con objetividad, nos brinda el exegeta o realizamos nosotros mismos ante el paisaje moral, ante la fisonomía íntima que el narrador nos ofrece, se pueden deducir muchas enseñanzas que van más allá de ese interesante conectar con el personaje. Don José Vega ha escrito la biografía de Pedro Romero. Y su libro contiene, diestramente conjugados, los dos aspectos. Está en sus capítulos completa, con todo pormenor —con tanto, que muchas noticias y aportaciones permanecieron hasta ahora en la zona de lo inédito, la vida del lidiador. Y con el relato circunstanciado, lo que es lección, reflejo de una forma peculiar de entender el toreo, atmósfera moral de unos tiempos lejanos en donde todo lo relacionado con la Fiesta nacional tenía enfoques y se llevaba a cabo con interpretaciones abismalmente distintos de los de ahora. En estas páginas, que se leen con avidez, con

incrementado interés, encontramos la estampa precisa de la lidia del XVIII. No hay digresiones comparativas. Ni alusiones vehementes, acentuadas, que nos den hecho el juicio. Pero es ineludible formarlo mentalmente a medida que va uno leyendo la reseña biográfica. Porque la Fiesta tenía otros matices, otra estructura. Y de la simple relación, sin comentario apenas, se desprende el co-



Pedro Romero, por Goya

Pedro Romero, en la época de culminación de su fama

en dos fases, de la mañana a la tarde— se expone el diestro a las feroces acometidas de unos cornúpetas que no eran precisamente los erales o novilletos de estos años.

Por eso tiene el libro de don José Vega un doble mérito. Para los aficionados a la historia constituye un preciado documento, revelación de muchos episodios y detalles desconocidos. Para los aficionados simplemente, en la acepción que, por antonomasia, se da a la palabra, es fuente de útiles deducciones, para comprender la evolución, para percibirse de la diferencia. Tiene también esta biografía el encanto de aludir, sin reiterativa insistencia, a los elementos que integraban un ambiente social y político. Asoman a la obra, con

prudente dosificación, figuras, sucesos, avatares de la vida nacional, y de este modo, el protagonista queda enmarcado en la estampa generalizada de la España que vive el agitado período de más de tres cuartos de siglo, desde mediados del XVIII a la primera treintena del XIX. Finalmente, en el estudio que, a través de vicisitudes y acontecimientos, hace el señor Vega de la figura humana, hallamos elementos suficientes para darnos idea de cómo era el hombre. La vida íntima define tanto como la que se exhibe ante los públicos. Para el cabal enjuiciamiento de los artistas, es provechoso saber de sus afanes, de sus alegrías y angustias no reveladas. Se forma así la idea exacta de su psicología, de su contextura moral. Y Pedro Romero, el maestro indiscutible, revolucionario del arte taurómico en su tiempo, tuvo en su vivir ajeno a los cosos una personalidad tan extraordinaria y sugestiva como en la presencia en los ruedos hispánicos.

No es este comentario que me sugiere la lectura, gustosamente realizada, del libro «Pedro Romero» una ritual lisonja para la obra de un escritor amigo. Me cumple declarar, para dar testimonio de la objetividad de juicio y estimación, que no conozco al señor Vega. Es la impresión verdaderamente sincera de un lector, devoto de la Fiesta, que ha podido percibirse de la importancia que reviste una documentada y amena aportación a la bibliografía taurina contemporánea.

FRANCISCO CASARES

**El martes
lee usted**



**y se enterará de
todo lo que pasa
en el mundo...**

**EL MAS COMPLETO
RESUMEN DE LOS
SIETE DIAS EN**
Política internacional. Vida española. Deportes. Sucesos. Curiosidades. Cine. Teatro. Toros.

**12 grandes páginas
50 céntimos**

**¡EL SEMANARIO MAS
BARATO DE ESPAÑA!**

nocimiento y se percibe la distanciada característica. Distanciada, más que por el decurso de los años, por la forma y los estilos. Hoy todo es presenciosismo, adorno, detalle. Entonces, por el contrario, todo era verdad neta, entérriza, sin recursos ni pantomimas engañosas. Ahora interesa el fleco. En aquel tiempo importaba la urdimbre. En nuestros días, lo que emociona y complace es la faena que, cuando es corta, aunque tenga eficacia y belleza, determina el torcimiento de los gestos y la expresión de las decepciones. En la etapa que, con gloria y singularidad, cubre el maestro rondeño, la faena era un brevísimo trámite preparatorio, porque lo que se esperaba con ilusión, con deseo, era la fase decisiva y final: la estocada. Mató Pedro Romero millares de toros, y casi todos rodaron después de «recibirlos». Su valor era seco, inverosímil. Su destreza, sensacional. Y tras la más larga y brillante carrera, pudo ufanarse y satisfacerse de no haber recibido una sola cornada. Llegó a la vejez, a la retirada y a su último ejercicio —la dirección de la Escuela de Tauromaquia—, sin que un solo pitón rasgara sus carnes. Ejecutoria que representa el máximo dominio. Fortuna que, en tan dilatado comparecer en los ruedos, no se puede imputar a la casualidad. Es la posesión de unas dotes, de unas condiciones increíbles, la que da ese permanente quedar intacto, sin un rasguño, cuando tarde tras tarde —mañana tras mañana, que sabido es de todos cómo las corridas eran de muchos toros y divididas

Las CORRIDAS de TOROS en VALENCIA en la antigüedad

(NOTAS DE MI ARCHIVO)

A mi querido e ilustre amigo don Natalio Rivas, decano de los aficionados españoles, brindo este modesto trabajo de «rebuscas taurinas», insignificante grano de arena para sus magníficos «bloques» de interesantísimos recuerdos de antaño.

Fué tan antigua en Valencia la costumbre de lidiar reses bravas, que —según curiosos documentos que me proporcionó generosamente su propietario y compañero mío en andanzas juveniles y en aficiones, el barón de Alcañal, de feliz memoria— arranca del año 1100.

Nada nos dicen aquéllos de la forma y estructura de la Fiesta en sus principios, aunque es de suponer que predominase en aquel entonces el toreo a caballo, y no hay duda que los caballeros moros valencianos rivalizarían en valor y destreza con los Gazules y Alabeses, que tan justo renombre llegaron a alcanzar alanceando toros en las fiestas de Toledo y de Granada.

Fué grande la importancia que en Castilla adquirieron las corridas, ya que de ellas se ocupan «Las Partidas» como de uno de los más populares festejos de la época, y es seguro que rivalizarían con los castellanos de entonces los valencianos diestros en el toreo, como lo demuestra el hecho de que en 1485, con motivo de la visita de los Reyes Católicos a Valencia, figurase, entre los festejos en honor de los soberanos, «un tancat de bous en la Plasa de Malañes».

Fueron numerosas las corridas celebradas en la ciudad del Turia, desde que la viril diversión se hizo popular, existiendo constancia, entre otras, de las siguientes: 21 de julio de 1507, con motivo

del desembarco en el Grao, de Don Fernando el Católico y de Doña Germana de Foix su esposa, que regresaban de Nápoles. El 1638, para celebrar el IV Centenario de la Conquista, tiene aquí lugar otra corrida de toros. El año 1655, segundo centenario de la muerte de San Vicente Ferrer, figura entre los festejos una gran «correguda», y asimismo se celebran en la misma Plaza de Santo Domingo, en los años 1659, 1663, 1668 y 1691, siempre con motivo de acontecimientos religiosos.

En 1772 se construyó «un corro» (así lo dice el documento, de época, de donde tomo la noticia, refiriéndose, sin duda, a una Plaza improvisada con carros y maderos, como aun se acostumbra en algunos pueblos), siendo de lamentar una grave serie de incidentes, pues uno de los toros, de gran bravura, rompió la barrera y se escapó del «corro», mató a una niña, entró en el Hospital, donde corneó y dejó sin vida al cocinero (no nos dice el documento de donde transcribo el anterior párrafo si «se metió» también con los pobres enfermos, o si limitó su inoportuna y trágica visita a la cocina), y para poner digno remate a su hazaña, entró, por último, en el Convento de San Agustín...

De otra mayor catástrofe nos habla uno de los documentos aludidos: En 1743, durante la corrida que se celebraba en el «corro» del Mercado, una racha de viento hizo desplomarse sobre las gradas la segunda almena de la Lonja —el admirable monumento gótico valenciano—, a la que habían atado con una fuerte cuerda un gran toldo de lona para evitar el sol, resultando muertos 16 hombres y herida una mujer. (No sabemos si es que en aquel tiempo había menos mujeres que hombres en Valencia, aunque es lo más probable que no fuese costumbre entonces la asistencia del llamado «sexo débil» a las corridas de toros).

El año siguiente se reintegraron las fiestas taurinas a la antigua Plaza de Santo Domingo, hasta que en 1753 se empezaron a celebrar en la Alameda.

Como la afición aumentaba de día en día, un señor apellidado Mandrino (primer «em-

presario de toros» de que nos habla la Historia), vió que «era negocio» explotar por su cuenta las corridas, y pidió y obtuvo, en 1612, del rey Don Felipe II la autorización para celebrar en Valencia fiestas de dicha clase en «corros» de madera —«cerrados y bien acondicionados para la seguridad del público»—, mediante entradas de pago, comprometiéndose él, por su parte, a abonar al Tesoro ciertas cantidades por corrida, que oscilaban, según la importancia de los toros, mozos, chulos y demás componentes, entre los doscientos y los trescientos reales... (¿Como ahora!)

Más tarde, el Hospital de Valencia solicitó y obtuvo en su favor tal privilegio desde 1625, y por el plazo de veinte años, que luego consiguió le ampliasen a perpetuidad. Esto dió origen a algunas cuestiones y disgustos entre las autoridades valencianas, hasta el punto de que el entonces virrey de Valencia, duque de Veragua, haciendo caso omiso del antedicho privilegio, construyó, sin previo permiso, un «corro» frente a su palacio del Llano del Real, en el lugar donde hoy se alza el Castillo de Ripalda, al final de la Alameda, y en este «corro» celebró dos magníficas corridas los días 26 y 27 de agosto de 1680, transgresión que fué desautorizada por el monarca, quien, molesto por el desacato, obligó al duque a entregar al Hospital todas las ganancias de las corridas (más de mil quinientos reales, dice el documento), y además el importe de la venta de la carne de los doce toros lidiados («otros dos mil y pico reales»). (¿Como ahora!)

Este excesivo rigor a favor del Hospital —añade el cronista—, se debilitó luego en parte por la concesión que obtuvo la Real Maestranza para dar dos corridas «añales». Pero otra Real Pragmática robusteció en 1758 el derecho del Hospital prohibiendo ya definitivamente las corridas en «corros» de madera, en virtud de lo cual se empezó inmediatamente la construcción de la primera Plaza valenciana de mampostería en el emplazamiento de la actual. En aquella Plaza (que fué demolida en 1808, so pretexto de que constituía un peligro para la defensa de la ciudad, cuando la invasión francesa), lucieron —con toros de más respeto que los que hoy se lidian; es decir, con la edad reglamentaria y con las suficientes arrobas sobre el lomo— su valor y su garbo toreros de la categoría de Josep Romero, Gerónimo Josep Cándido y Juan Núñez «Sentimientos», que con Pedro Romero y Josep Delgado Hillo, podemos considerar como los verdaderos creadores del Arte Taurino contemporáneo. Es decir, de lo que en verdad puede llamarse la Fiesta de Toros.



Fernando el Católico



José Romero



Jerónimo José Cándido



Pepe-Hillo

Este excesivo rigor a favor del Hospital —añade el cronista—, se debilitó luego en parte por la concesión que obtuvo la Real Maestranza para dar dos corridas «añales». Pero otra Real Pragmática robusteció en 1758 el derecho del Hospital prohibiendo ya definitivamente las corridas en «corros» de madera, en virtud de lo cual se empezó inmediatamente la construcción de la primera Plaza valenciana de mampostería en el emplazamiento de la actual. En aquella Plaza (que fué demolida en 1808, so pretexto de que constituía un peligro para la defensa de la ciudad, cuando la invasión francesa), lucieron —con toros de más respeto que los que hoy se lidian; es decir, con la edad reglamentaria y con las suficientes arrobas sobre el lomo— su valor y su garbo toreros de la categoría de Josep Romero, Gerónimo Josep Cándido y Juan Núñez «Sentimientos», que con Pedro Romero y Josep Delgado Hillo, podemos considerar como los verdaderos creadores del Arte Taurino contemporáneo. Es decir, de lo que en verdad puede llamarse la Fiesta de Toros.

PEDRO PINTURA

Festival en TUDELA a beneficio



Las cuadrillas preparadas para hacer el paseillo.

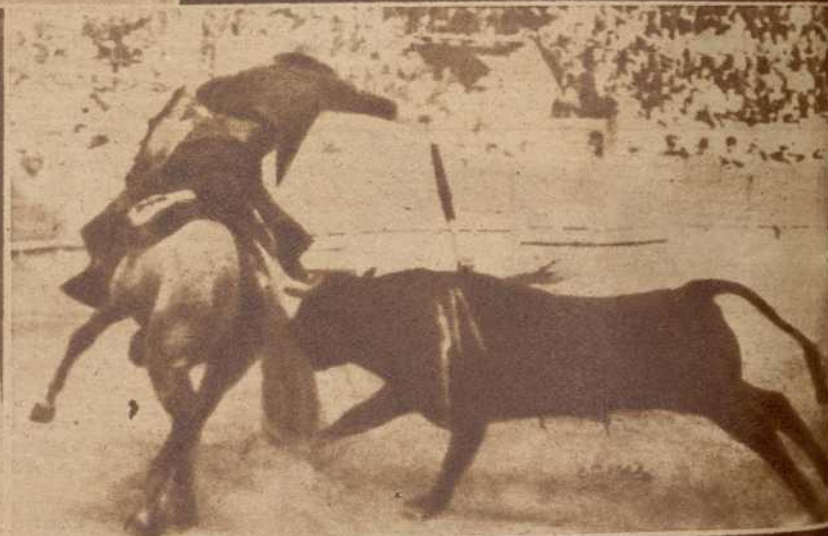
Cinco novillos de don Eugenio Villa. Uno de rejon- nes para el duque de Pinohermoso, cuatro para Pepe y Angel Luis Bienvenida, Julián Marín y Cayetano Ordóñez (hijo).



Tomás Salcedo («el Cubano»), a cuyo beneficio se celebró el festival.



Las presidentas.



El duque de Pinohermoso clava un magnífico rejón.

JULIÁN Marín, a cuya cuadrilla pertenece su paisano el banderillero Tomás Salcedo («Cubano»), organizó para el pasado día 15 un festival a beneficio de éste, dada su veteranía y haber sido castigado por los toros.

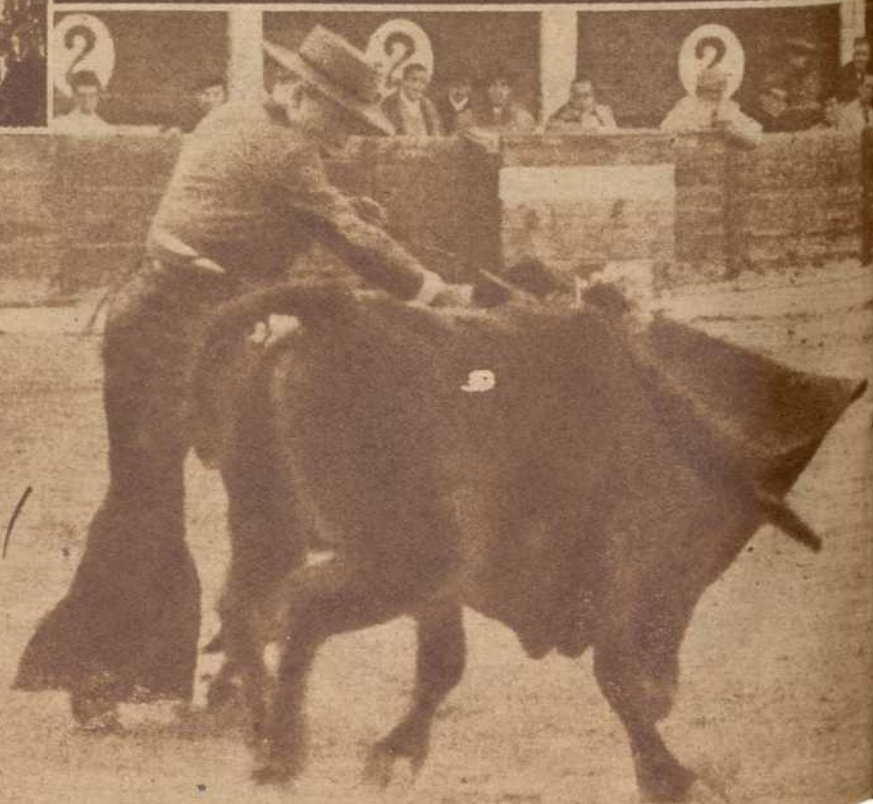
El tiempo fué muy frío, poco propicio para ir «a los toros», pero las simpatías con que cuenta el «Cubano» y el entusiasmo que puso Julián en el empeño, dieron como resultado una excelente entrada, con una buena consecuencia económica para Tomás Salcedo.

Fueron lidiados cinco novillos de don Gregorio Villa por el rejoneador duque de Pinohermoso y los espadas Pepote y Angel Luis Bienvenida, Julián Marín y Cayetano Ordóñez, hijo del «Niño de la Palma».

Para todos hubo ovaciones y corte de orejas, no obstante que el ventarrón se puso en contra de todos y que los tres primeros novillos no colaboraron en el esfuerzo puesto por el duque de Pinohermoso, por Pepote Mejías y por Julián Marín. En especial, el novillo de Julián salió y murió con muy malas intenciones.

La faena de muleta más lucida, la de Ca-

El duque de Pinohermoso, picando a tierra.



del banderillero "CUBANO"



Un par de banderillas de Pepe Bienvenida

Hasta picadores, con traje corto, hubo en el festival



Angel Luis Bienvenida en un pase ayudado por bajo

Julián Marín, que fué el organizador del festejo, en su faena de muleta



Cayetano Ordóñez (hijo) brinda la muerte de su novillo a los hermanos Chapresto

Cayetano Ordóñez inicia un molinete de rodillas



yetanito Ordóñez, saena amenizada por la música. Pepe Bienvenida banderilleó a su novillo con la maestría de antaño reconocida.

A Tomás («el Cubano»), se le hicieron distintas manifestaciones de simpatía y adhesión a lo largo del festival, y fué aplaudido al poner banderillas.

Para dar color y calor —que buena falta hacía— al festejo, presidieron el mismo María Luisa Cerdán, Paquita Arribas, María del Carmen Apastegui, Angelitos Puy y Ana Mary y Fabiola González. Las acompañó en ese recuadro de belleza navarra el alcalde de la ciudad, don Julio Garbayo.

Una tarde, en fin, muy agradable, aunque con frío, del que podían los asistentes defenderse con algún «latigazo» de vez en cuando. A Antonio Díaz Cañabate, el excelente escritor y aficionado que concurrió al festejo, le brindé este título como más apropiado: «Un festival visto desde el tintorro.»

También se celebró un homenaje a «El Cubano» en un hotel de la localidad (Foto Chapresto).

DON INDALECIO

La profundidad de CALDERON de la BARCA llega a la tauromaquia por unos entremeses

Como un vaquero
me pediste, bella ingrata,
por servirte envíe por él
a la orilla del Xarama;
y así viene a tu obediencia,
con caballo y vara larga.
—Yo soy, señora, un vaquero
de tanta opinión y fama,
que se andan siempre tras mi
toros, novillos y vacas;
y así, cuando vengo a veros,
traigo tras mí mi vacada.
¿Dónde la hemos de encerrar?
—¡Hombre! ¿Dónde has de encerrarla
preguntas? ¿Con esto vienes
a hacer mi casa algarrada?
—A saber dónde venía,
trajera toros en falda;
pero éstos son los más bravos
que en toda la orilla se hallan.

POLVO - LIQUIDO - CREMA

POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Triunfo de Antonio Bienvenida en la última corrida de la temporada limeña. Aparicio confirma que tomará la alternativa en las Fallas

Festivales

En Córdoba se celebró el domingo un festival a beneficio de la Hermandad de la Esperanza. El duque de Pinhermoso rejoneó dos novillos, a los que mató muy bien. Cortó oreja en el primero. Actuaron además, con gran éxito, Lagartijo, «Calerito», «Josele» y Paco Saravia. «Calerito» y Saravia cortaron orejas.

En Evora se celebró un festival taurino en el que participaron los rejoneadores Joao Nuncio y Musteira Correia y los diestros Manolo Navarro y Dos Santos. Ambos fueron muy aplaudidos.

La temporada en Lima

El sábado se celebró en Lima la tercera corrida de Feria, con tres toros españoles, de Vázquez, y tres peruanos, de La Viña. Pepe Luis, Pepe Domingo y Luis Miguel formaban la terna. Pepe Domingo se lució en banderillas y dió la vuelta al ruedo al rematar de una buena estocada a su segundo enemigo. Pepe Luis y Luis Miguel no pasaron de discretos.

El domingo se cerró la temporada al lidiarse la cuarta y última corrida. Se lidiaron cinco toros de Bohórquez y uno de Clairac. Pepe Luis estuvo bien en su primero y cortó las dos orejas de su segundo. Antonio Bienvenida alcanzó en su segundo un éxito rotundo y resonante. Cortó las dos orejas y el rabo. «Rovira» no estuvo mal. Pepe Luis y Antoñito Bienvenida salieron a hombros de la Plaza.

Noticias varias

En la isla de San Fernando se ha celebrado un homenaje al matador de toros Rafael Ortega, y al

El matador de toros Gabriel Pericás, que ha contraído matrimonio en Zaragoza, después de la ceremonia

(Foto Marín Chivite)



crítico de «A B C», señor Sánchez del Arco, «Giraldillo».

Ha quedado constituida la Peña Antonio Caro, en Madrid. La preside don Pedro Olguera Matesáns.

Julio Aparicio ha confirmado —en unas declaraciones— que en la Feria valenciana de las Fallas tomará la alternativa.

Se anuncia que Manolo Carmona tomará la alternativa en la Feria sevillana de abril.

El domingo también se celebrará en Melilla un festival en el que intervendrán «Andaluz», Pepi Martín Vázquez, «El Vito» y Julio Aparicio.

La temporada en Méjico

En Méjico hubo el domingo novillada. Alternaron Cuirro Ortega, Héctor Saucedo y Jaime Bolaños. Los dos primeros estuvieron mal; el tercero, regular tan sólo.

En San Luis de Potosí, Eduardo Vargas, Jorge Reina («el Piti») y Fernando de los Reyes («el Calla») se encerraron con novillos de Santo Domingo. Sólo el primero estuvo bien. Cortó la oreja en uno de sus novillos y fué aplaudido en el otro.

El banderillero Angel Procuna mejora de las heridas que sufrió el día 13. Se halla hospitalizado en el Sanatorio Ramón y Cajal, de la ciudad de Méjico.

Club Taurino Madrileño

Con el título de «Goya, pintor taurino» pronunció el pasado sábado una conferencia, en el Centro de Instrucción Comercial, el prestigioso crítico de arte y colaborador del semanario taurino EL RUEDO, don Mariano Sánchez de Palacios.

La conferencia, correspondiente al ciclo de las organizadas por el Club Taurino Madrileño, fué desarrollada de forma magnífica por el señor Palacios, que con su elegante y fácil manera de escribir y de decir fué describiendo los diferentes aspectos de la azarosa y dinámica vida del pintor; su época de profesional del toreo, sus devaneos amorosos, su pintura colorista y variada, la influencia francesa de sus primeras obras y su decadencia pictórica; sus tapices, sus retratos de toreros, los «Disparates» y los «Desastres» en la España de 1808; la pintura costumbrista de su época, sus majos y manolas, etc.

Al final fué muy aplaudido y felicitado por los asistentes al acto.

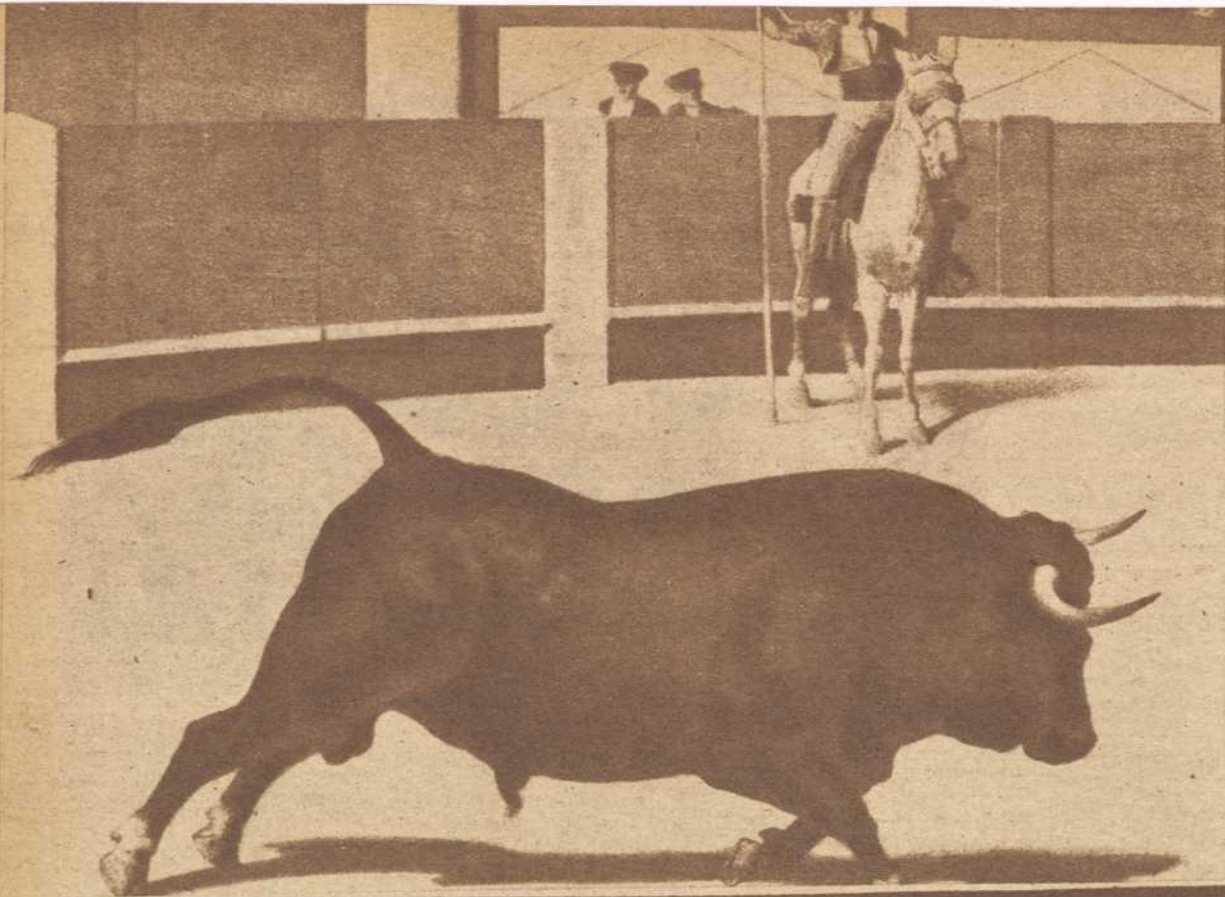
La presentación del conferenciante la hizo el director de EL RUEDO, don Manuel Casanova.

El próximo sábado, día 26, a las once de la noche, en el mismo local, gran velada de recital poético por el «Romancero Andaluz», Enrique Segundo.

4 productos de Calidad que darán Calidad a sus reuniones



EMILIO LUSTAU - JEREZ



El toro de lidia en la "Tauromaquia" de MONTES

(Continuación)

DE LOS TRES ESTADOS QUE TIENEN LOS TOROS EN LA PLAZA

Los toros de *sentido* son aquellos que distinguen al torero del engaño, y, por consiguiente, desprecian a éste, no lo siguen y rematan siempre en el bulto; alguna vez toman el engaño, pero es por fuerza, y su remate es en el cuerpo del torero; aunque es difícil lidiarlos, también tiene el arte recursos para ellos.

José Delgado ("Hillo"), en su "Tauromaquia", pone otra clase de toros de *sentido*, compuesta de los que *atienden a todo objeto, sin contraerse especialmente al que los cita y llama, pero que en las suertes son claros*; y aunque respeto su dictamen, sin embargo, aquí padeció una equivocación, pues esta propiedad la tienen unas veces los *boyantes*; muchas, los *revoltosos*; algunas, los que *se ciñen*; pocas los que *ganan terreno*, y siempre, los *abantos*, pero nunca los verdaderos toros de *sentido*; siendo, además, una contradicción visible poner como clase de *toros de sentido*, cuyo distintivo es la malicia en las suertes, unas reses que, según el mismo, son claras en ellas.

Se llaman toros *abantos* aquellos que son medrosos por naturaleza, y los hay de varias clases: unos lo son tanto que, conforme ven al torero, se salen huyendo, de modo que no es posible hacer suerte con ellos; otros hay que arrancan, y antes de entrar en jurisdicción se vacían con prontitud, saliéndose de la suerte, y a veces por el que ocupa el diestro, lo cual es efecto del miedo que tienen; sin embargo lo pue-

den arrollar en este contraste; otras veces estos toros arrancan con prontitud, y cuando llegan a su jurisdicción, y en el mismo momento en que el diestro va a cargarles la suerte, se quedan cerniendo en el engaño hasta que se escupen fuera o lo toman. Hay otra especie de toros *abantos*, de que algunos hacen clase aparte con el nombre de *bravucos*, que son los menos medrosos de todos ellos, pero que parten muy poco y alguna vez al tomar el engaño rebrincan, y otras se quedan en el centro, sin formar suerte. No me parece que estos toros deban hacer una clase aparte, pues que no son otra cosa que una especie de *toros abantos*; sin embargo, José Delgado los pone como distintos.

Estas clases de toros son las únicas que, por sus propiedades particulares, merecen mucha atención para conocerlos perfectamente y ejecutar las suertes con seguridad.

Sin embargo, me parece oportuno decir alguna cosa de los toros *burriciegos*, de quienes nadie ha hecho mención, mereciendo una atención particular, pues el defecto que tienen en su vista les hace partir con desproporción, relativamente, a los demás, pero con mucha regularidad, atendiendo al estado particular en que ella los pone, de suerte que estos toros deben clasificarse según la alteración que tengan en el modo de ver. Haremos, pues, tres clases: los de la primera, que son los que *ven mucho de cerca y poco o nada de lejos*, tienen la contra para torearlos de que, siendo preciso para que vean al diestro ciliarlos siempre sobre corto, y advierten distintamente muy cerca de sí un objeto que casi no saben por donde ha venido, arrancan con mucha codicia y ligereza, de modo que si tienen muchas piernas y aquél no está sobre sí, o bien e faltan éstas, es fácil le den una cogida; sin embargo, en toreándolos con conocimiento son los mejores de los *burriciegos*, pues tienen la ventaja de no seguir el bulto en apartándose un poco, aun cuando lo estuviesen observando el viaje, porque como no ven bien de lejos les parece grande la distancia y no hacen por él.

Los de la segunda clase *ven poco de cerca y mucho de lejos*; son muy difíciles de torear porque como



no distinguen bien arrancan a todo bulto que tienen delante, y por lo regular buscan el cuerpo como objeto mayor y que ven mejor. El peligro que hay en estos toros es el salirse de la suerte y apartarse de ellos, porque entonces ven claramente al diestro, observan su viaje, arrancan a él, y si tienen piernas y lo llevan embrocado, sobre largo le pueden dar una cogida, pues no hacen caso de capote y sí del cuerpo, que es lo que ven mejor porque está más.

Los de tercera son los que *tanto de cerca como de lejos ven poco*; tienen la ventaja que rara vez observan el viaje y siguen al diestro hasta rematar, y si no fuera porque son muy pesados en todas las suertes y se aploman con facilidad, serían los mejores de los *burriciegos*.

Se pudiera hacer otra cuarta clase de estos toros, en que se comprendieran los que *ven poco de un ojo y bien del otro*; pero teniendo las mismas ventajas y nulidades para la lidia que tienen los toros, cuanto se diga de éstos es aplicable a los otros.

(Continuará)





...habrán de tener cuatro años cumplidos...

472. A. J.—*Morón de la Frontera (Sevilla)*.—Los nombres dados a los toros, según su edad, son los siguientes: «ternero», «mamón» o «choto», cuando tiene menos de un año; «añejo», con un año cumplido; «eral», con dos años cumplidos; «utrero», cumplidos los tres; «cuatrefios», los que han cumplido cuatro, y «cinqueños», los que cumplieron cinco. Los que rebasan los cinco no tienen nombre especial. Ahora bien; la denominación de «becerro» es genérica para los añejos y erales; la de «novillo», para los utreros, y la de «toro», para los de cuatro, cinco o más años. Quedamos, pues, en que, contando cuatro, se le puede llamar toro, y por eso, el primer párrafo del artículo 26 del vigente Reglamento dice así:

«Las reses que se destinen a la lidia para las corridas de toros habrán de tener cuatro años cumplidos y menos de siete.»

En lo atinente a las novilladas, el artículo 103 del mismo Reglamento dice que las reses han de tener «tres años cumplidos y menos de seis».

¿Que en corridas de toros se lidian utreros, y en muchas novilladas, erales? De acuerdo. Pero ¿qué quiere usted que hagamos? Es un signo de los tiempos modernos, como lo es también la operación del «afeitado», a la que usted se refiere. ¿Que si ésta la autoriza el Reglamento? ¡Quite usted, por Dios! ¡De ninguna manera! Tratándose de una «conquista» moderna fraguada en el patio de Monipodio, mal puede ser facultada por un Estatuto oficial.

En todos sus comentarios le asiste a usted la razón; pero como este acto de discurrir el entendimiento es una olla de dos asas, si usted agarra la derecha, los Ginesillos de Pasamon-te y los Lazarrillos de Tormes agarran la zurda, y como son muchos y encuentran apoyo en el papanatismo de nutridas masas, son los que más pueden. ¿Está claro?

473. M. F. V.—*Pamplona*.—¿Que si el director de lidia puede meter el capote a un toro que esté lidiando otro matador? ¡Adórame esos candiles! Antes, hace muchos años, sí; y no sólo el director (hoy no existe, de hecho, el director de lidia), sino otro matador cualquiera, solía ayudar a un compañero, aun al director mismo, en un momento de necesidad, intromisión que, siendo justa, aprobaba sin reservas el público. El Reglamento no autoriza ni desaprueba tales intervenciones, nada dice sobre dicho extremo; pero si un m a t a d o r cualquiera de los de hoy, de los que tienen adquirida fama, se permitiera, con el más no-



Luis Miguel Dominguín

ble de los propósitos, prestar una ayuda semejante a un espada que disfruta del favor de las masas, se interpretaría la misma torpemente y el generoso auxilio sería protestado, como lo hubiera sido en esa Plaza, en el caso que usted cita, si Luis Miguel, en lugar de intervenir en ayuda de su hermano Pepe, lo hubiese hecho a favor de otro compañero. Las eficaces colaboraciones que con su capote prestaron «Guerrita», Joselito y otros toreros sabios e inteligentes, serían recusadas hoy —según a quienes las prestaran—, no sólo por los espectadores, sino por los mismos toreros favorecidos, los cuales atribuirían tal intervención a un exceso de vanidad y a un vitando alarde de suficiencia.



Fernando Domínguez

474. S. R.—*Valderas (León)*. Fernando Domínguez toreó por primera vez en Madrid en una novillada nocturna (con aditamento charlotesco) celebrada el 5 de julio de 1930, alternando con Fernando Usán en la lidia de cuatro novillejos de don Manuel Santos. Como novillero con pretensiones se presentó en dicho ruedo el 11 de agosto de 1932, para estoquear reses de don Argimiro Pérez con el «Niño de la Puerta Real» y «Torero», y luego toreó en la misma Plaza y en el citado año las novilladas siguientes: 15 de agosto, con Dominguín Chico y «Niño de la Estrella», toros de Bernardino Jiménez; 21 del mismo mes, con «Pilín» y «Niño de la Alhambra», novillos de Coquilla; 25 de igual mes, con Luis Morales y Diego de los Reyes, astados de Terrones, y día 1.º de septiembre, con Luis Morales, mano a mano, ganado de Sánchez Rico. Estas fueron las novilladas que toreó en Madrid.

Como matador de alternativa, toreó en las Ferias de Valladolid las siguientes corridas: año 1933, día 17 de

septiembre, con Vicente Barrera y Manolo Bienvenida, toros de don Indalecio García; día 18, con Marcial Lalanda, «Armillita» y Manolo Bienvenida, toros de don Antonio Pérez, y día 24, con Villalta, Lorenzo Garza y «Gitanillo de Triana» (R.), toros de Pimentel. Año 1934, el 16 de septiembre, con Belmonte (padre) y Vicente Barrera, toros de doña Carmen de Federico, y el 17, con Marcial Lalanda, Ortega y La Serna, toros de Coquilla. Año 1935, el 15 de septiembre, con Belmonte (padre) y Manolo Bienvenida, toros de Clairac, y el 17, con Marcial Lalanda, Vicente Barrera y Manolo Bienvenida, toros de Terrones. Con motivo de la guerra, no se celebró corrida alguna en la Feria de la ciudad del Pisuerga el

año 1936; en 1937 solamente se verificó una, el 26 de septiembre, que toreó dicho Domínguez, con La Serna, lidiándose en ella toros de don Juan Cobaleda; en 1938 se efectuaron tres, de las que el repetido diestro solamente toreó la del 18 de septiembre, con Ortega y Belmonte (hijo) y toros de Clairac; en 1939 no toreó corrida alguna en dicha Feria; en 1940 tomó parte en la del 22 de septiembre, con «El Estudiante», Curro Caro y «Rafaelillo» y toros de Félix Moreno, E. de la Cova y Villarroel; en 1941 toreó el 28 de septiembre con «Maravilla» y Jaime Pericás (más el rejoneador Pepe Belmonte) y toros de Pablo Romero, y en aquel año, terminada la temporada, abandonó la profesión. Reanudada en 1944, toreó el 19 de septiembre con Pepe Luis Vázquez, Arruza y «Andaluz», toros de Pablo Romero, y el 24, con «Chicuelo», Fermín Rivera y «Angelete», toros de Molero, tras de cuya corrida arrinconó definitivamente el traje de luces. Queda usted servido.



Belmonte (hijo)

475. A. M.—*Zaragoza*.—He-

mos de salvar un error deslizado en nuestra respuesta número 375, pues no fué la última novillada, con reses de la ganadería portuguesa de Palha la que se celebró en esa ciudad el 29 de septiembre de 1929, según dijimos entonces, sino la efectuada con fecha 24 de mayo de 1942, en la que actuaron como matadores «Venturita» (tras haber renunciado a su primera alternativa), José Neila y Dionisio Rodríguez. Tarde llegará a usted esta rectificación; pero no creemos que por esto se le origine perjuicio alguno, ¿verdad?

Recordamos que también nos preguntó usted el resultado de tal novillada, y a este propósito hemos de manifestarle que, según «Don Indalecio», fué una «boyada» que gustó mucho a los indoctos, cuyo ilustre crítico local tituló su crónica de tal espectáculo, publicada en la «Hoja del Lunes», de Zaragoza, con este epígrafe: «A los bueyes no se les aplaude en el arrastre.»

476. G. S. P.—*Manzanares (Ciudad Real)*.—Lo que nos pregunta, referente a Luis Miguel Dominguín, habrá podido usted verlo publicado en esta sección cuando se inserte esta respuesta, y conste que no hemos recibido de usted más que una carta haciendo tal pregunta. Por lo visto, no lee usted esta página con asiduidad, pues, de lo contrario, sabría que no admitimos consultas relacionadas con las direcciones o domicilios de los toreros, como también hemos dicho que contestamos por turno las que recibimos. Y lo que dejamos dicho de domicilios y direcciones puede servir también de respuesta a don J. A. C., de Puente Genil (Córdoba).

477. M. V.—*Lucena (Córdoba)*.—Todos los datos referentes al espada «Albaicín», incluso las corridas que ha toreado desde que es matador de toros hasta el año pasado inclusive, fueron publicados en nuestra respuesta núm. 99.

Francisco López («Parejito») figuró como único matador en esa población, para estoquear él solo seis astados con fecha 9 de mayo de 1926. Dichas reses fueron de don Antonio Natera, y aquella actuación de dicho diestro aparece como la última del mismo en concepto de matador de toros, pues inmediatamente renunció a la alternativa y volvió a ser novillero.

El pase de la fotografía a que usted se refiere es, en realidad, un pase de pecho con la mano derecha, agarrando por detrás la punta de la muleta, y lo han dado otros diestros antes del que usted menciona



«Venturita»



«Albaicín»

¡VAYA UNA HERRAMIENTA!



En cierta ocasión iba el diestro Mazzantini camino de Béziers, acompañado de su cuadrilla, temiendo no llegar a tiempo de empezar la corrida a la hora anunciada. Llevaban aquél tan justo, que don Luis advirtió a sus subalternos que en cuanto arribaran a la población francesa se vistieran precipitadamente y se dirigieran a la Plaza.

El picador Rafael Alonso («el Chato») no se preocupó al salir de la estación más que de buscar una barbería donde le quitaran la abundante barba que llevaba, y al entrar precipitadamente en la primera que encontró, le dijo apresuradamente al «coiffeur»: —¡Mosíú! De aquí (acción de afeitarse), ¡pero que a la carreribilibi! Y el barbero francés comenzó su tarea con una navaja que era un verdadero serrucho.

El pobre «Chato», en medio de aquel suplicio, no cesaba de agitarse y de dar fuertes resoplidos; y entendiéndolo el figaro que todo ello obedecía al calor y la fatiga, preguntóle:

—¿Fatigué, fatigué?

Y levantándose el picador y señalándole la cara, dijo:

—¿Conque fatigué?... ¡Desollé, so crimíná, desollé!

«Tauromaquia», por Van-Halen, de la colección particular del señor Alcázar de Velasco

